

VILCHES EN EL PAPEL DE "ALEJANDRO GÓMEZ,,

TODO UN HOMBRE

ESCENIFICACIÓN DE LA NOVELA DRAMÁTICA
"NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE,, DE

D. MIGUEL DE UNAMUNO

HECHA EN CINCO JORNADAS POR

JULIO DE HOYOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PRADO, 24
1926

13

Todo un hombre

ESCENIFICACIÓN DE LA NOVELA DRAMÁTICA DE
D. MIGUEL DE UNAMUNO, TITULADA
"Nada menos que todo un hombre"
HECHA EN CINCO JORNADAS POR

JULIO DE HOYOS

Estrenada en el TEATRO INFANTA BEATRIZ de Madrid el 19 de diciembre de 1925.



(Considerada como obra en tres actos.)

MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA, 17
1925

A ERNESTO VILCHES

e

IRENE LOPEZ HEREDIA

Que tan genial y cariñosamente me ayudaron a rendir este homenaje de admiración y de afecto a un escritor español de universal prestigio incorporando al teatro la presente novela escenificada.

REPARTO

Personajes	*Actores*
JULIA YAÑEZ..............	IRENE L. HEREDIA.
MARGOT..................	Manolita Ruiz.
MARQUESA................	Ana Leyva.
DOÑA ANA................	María López Martínez.
DONCELLA................	Julia Tejera.
ALEJANDRO GOMEZ.......	ERNESTO VILCHES.
DON ALBERTO ROBLES....	Ramiro de la Mata.
EL CONDE DE BORDAVIELLA.....................	Julián de la Cantera.
PEDRO....................	Antonio Vico.
UN CABALLERO...........	Nicolás Perchicot.
DOCTOR SUAREZ..........	Alejandro Navarro.
CRIADO...................	Fernando Andrade.

La acción de la primera jornada se desarrolla en Renada, capital imaginaria de una provincia castellana, y las del resto de la obra en Madrid.

Epoca actual, derecha e izquierda las del actor.

JORNADA PRIMERA

Sala modesta en la planta baja de una casa castellana. Al foro, una amplia reja, por donde se ve la calle; una puerta en el lateral de la derecha y dos en el de la izquierda. Frente a la reja, un velador, con dos butacas, y una cómoda entre las dos puertas de la izquierda. En el centro de la estancia, una lámpara eléctrica. Los demás enseres a discreción. Comienza a desarrollarse la acción en las últimas horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JULIA y DOÑA ANA

(*Julia está sentada junto al velador intentando leer, pero sin conseguirlo por lo nerviosa; doña Ana finge, asomada a la puerta de la derecha, que despide a alguien.*)

D.ª ANA — Bueno, bueno; no salgo, no; que ustedes lo pasen bien. (*Dirigiéndose a Julia.*) ¿Ya estamos así? Pero, hija, ¿no te cansa tanto leer? (*Pausa, en la que Julia no responde.*) Mira, voy a empezar a creer que tiene razón tu padre cuando piensa que las novelas esas que lees te van a volver el juicio.

JULIA — Haz el favor, mamá, de no recordarme lo que piensa mi padre, y... ¡vamos, no me hagas hablar!

D.ª ANA — ¡Jesús! ¡Estás, hace unos días, imposible; pero lo que es hoy... Vamos, es que no se

te puede ni mirar siquiera... Ya sabes que yo no le doy siempre la razón a tu padre, ni mucho menos; pero en lo que te ha advertido sobre los noviazgos esos, debes hacerle caso. Si sigues así vas a desacreditarte.

JULIA ¿Si sigo cómo?

D.ª ANA Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquirirás fama de coqueta, y...

JULIA Mejor, madre, mejor. Así acudirán más mientras me dure el palmito que Dios me ha dado y podré encontrar el mío, el hombre, el verdadero hombre que me defienda y me redima de todas las miserias que me rodean.

D.ª ANA ¿Lo ves cómo te pones? ¿Lo ves?

JULIA Y tú, ¿no lo ves? ¿No lo ves?

D.ª ANA Pero ¿el qué? (*Pausa.*)

JULIA ¿A qué han venido esos hombres?

D.ª ANA ¿Esos que...?

JULIA Sí, sí, esos que acaban de salir.

D.ª ANA ¿El procurador y el...?

JULIA Sí, sí; mujer, sí.

D.ª ANA ¡Ay, no sé, hija; cosas de tu padre! Ya sabes que él no da explicaciones de nada. Asuntos suyos. ¿Es cosa extraña que un agente de negocios, como es tu padre, tenga trato con los procuradores? No veo...

JULIA ¡Asuntos! ¡Negocios! Pero, mamá, en veintitantos años junto a él y habiendo sufrido a su lado todo lo que has sufrido, ¿aún no has logrado conocerle? ¿Aún no sabes de lo que es capaz?

D.ª ANA Pero, hija, ¿a qué viene eso? El que se te aconseje que no andes tonteando con unos y otros, ¿es para que te pongas así?

JULIA ¿Y qué voy a hacer, mamá? ¿Vivir prisione-

ra como una esclava hasta que llegue el sultán a quien papá me venda?

D.ª ANA No digas eso, hija mía...

JULIA ¿No he de poder tener un novio como le tienen las demás?

D.ª ANA Sí; pero un novio formal.

JULIA ¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

D.ª ANA ¡Quererse!..: ¡Quererse!...

JULIA Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

D.ª ANA Ni contigo, ni con tu padre, se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casé!

JULIA Eso es lo que no quiero tener que decir un día. Y mira, estoy tan decidida, tan resuelta, que te lo advierto para que no os sorprenda cualquiera resolución que tome. ¡Ya lo sabes!

D.ª ANA Pero a ver, hija, cuéntame, ¿qué ha ocurrido?, porque entre todos me vais a volver loca.

JULIA Pues ha ocurrido que, esos hombres que acaban de salir, han estado tratando con mi padre de parte de... ¡el indiano ese!

D.ª ANA ¿De Alejandro Gómez?

JULIA ¡De Alejandro Gómez!

D.ª ANA ¿No serán suposiciones tuyas, hija?

JULIA (*Sacando del libro dos cartas.*) Aquí están las pruebas.

D.ª ANA ¿Te ha escrito? (*Pausa.*) ¿Y tú le has contestado?

JULIA Sólo a la primera carta, que era la consabida declaración. ¡Pero te aseguro que me burlé de lo lindo! Tanto debió de escocerle, que el hombre, lleno de soberbia, me respondió con estas palabras, trazadas en letras grandes y angulosas: (*Leyendo.*) «Usted será mía; Alejandro Gómez sabe conseguir

lo que se propone». Y aunque al leerla la risa asomó a mis labios, noté que al mismo tiempo me relampagueaban un calofrío temblón, que todavía me acomete cuando lo recuerdo.

D.ª ANA ¿Y por qué?

JULIA Porque ese es el único ya que puede librar a mi padre de... la catástrofe con que le amenazan sus asuntos, sus negocios... Y yo la última carta que le queda por jugarse.

D.ª ANA Pero ¿qué tiene que ver esto con... ese hombre?

JULIA Ese hombre, mamá, es un ladino y un cínico. Oiría hablar de mí, y se diría, probablemente: «Hay que ver eso». Me vió, y seguramente, dijo: «¡Hay que conseguirla!» Y ya que no ha logrado deslumbrarme con esos millones que le suponen, quiere comprarme ahora sabiendo quién es mi padre y las circunstancias en que se encuentra.

D.ª ANA ¡Jesús, Jesús!

JULIA Sí, sí; no te quepa duda. ¿En qué, si no, iba a fundar mi padre las esperanzas que tiene de... arreglarlo todo?

D.ª ANA ¡Qué casa! ¡Qué casa esta, Señor! (*Mutis segunda izquierda.)*

ESCENA II

JULIA y PEDRO, que aparace detrás de la reja.

JULIA ¡Pedro!

PEDRO Te sorprende, ¿verdad?

JULIA Sí... y no.

PEDRO Me lo explico perfectamente. Después de una conducta que no podía pasarte inadvertida, era de esperar que al fin un día viniese a parar a ti. Lo que te sorprende es

que me haya atrevido a venir a tu casa. ¿Acerté?

JULIA Acertaste..., y ojalá la fortuna te ayude para seguir acertando.

PEDRO Ese es mi mejor deseo y a eso he venido. Esperaba una oportunidad; pero he observado en esta casa ciertas cosas...

JULIA ¡Ay, Pedro, si tú supieras!

PEDRO ... que me han decidido a salir de dudas, a afrontarlo todo...

JULIA (*Interrumpiéndole vivamente.*) ¿Afrontarlo todo has dicho, Pedro?

PEDRO Sí, Julia, sí; decidido a afrontarlo todo, me dije: ¡lo primero, a hablar con su padre!

JULIA (*Defraudada.*) Yo creí que, lo primero, era hablar conmigo.

PEDRO ¿Para qué? ¿Para que nos sorprendiera tu padre y tener un disgusto sin necesidad? El solo propósito que me ha empujado hasta aquí puede darte la medida de mi cariño.

JULIA ¿Estás seguro de tu cariño, Pedro?

PEDRO Si pudieras ponerme a prueba te convencerías. (*Pausa.*)

JULIA ¿Y si pudiera?

PEDRO ¿Se te ocurre una prueba mejor que la de venir a vérselas con tu padre?

JULIA Con hablar a mi padre no habías de conseguir nada.

PEDRO ¡Quién sabe!

JULIA Lo sé yo positivamente... y lo sospechas tú.

PEDRO Es que ahora... pueden haber variado las cosas.

JULIA Pues por eso mismo.

PEDRO Entonces, ¿qué es lo que se te ocurre?

JULIA ¿No vas a arrepentirte de lo que has dicho?

PEDRO A ver, di.

JULIA ¿No vas a acobardarte?

PEDRO — A ver, ¿qué se te ocurre?

JULIA — (*Después de una breve lucha consigo misma.*) ¡Que me robes!... Sí, sí; prefiero ser robada a ser vendida, que es lo que pretende mi madre.

JULIA — Julia, ten calma, mujer... Con que te resistas, basta.

JULIA — ¡Qué sabes tú cómo se han puesto las cosas! Imposible, imposible! Si me quieres, no hay que perder un minuto, ni un minuto.

PEDRO — Mira, Julia, yo no me opongo a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero después que nos hayamos fugado, ¿a dónde vamos, qué hacemos?

JULIA — Eso se verá.

PEDRO — No; eso se verá, no; hay que verlo ahora. Yo, hoy por hoy, y durante mucho tiempo, no tengo de qué mantanerte; en mi casa sé que no nos admitirían, ¡y en cuanto a tu padre!... De modo que, díme: ¿qué hacemos después de la fuga?

JULIA — ¿Qué? ¿No vas a volverte atras?

PEDRO — ¿Que hacemos?

JULIA — ¿Vas a tener valor?

PEDRO — ¿Pero, qué hacémos, di?

JULIA — Pues... ¡matarnos!

PEDRO — ¡Tú estás loca, Julia!

JULIA — Loca, sí; loca de desesperación, loca de asco loca de horror a lo que pretenden hacer conmigo. Y si tú estuvieses loco de amor por mí, no dudarías en hacer lo que fuera.

PEDRO — Pero, fíjate, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y tú no dices que te matarías conmigo por estar loca de amor por mí, sino loca de

asco a tu casa y a tu padre... ¡No es lo mismo!

JULIA (*Descorazonada.*) ¡Ah! ¡Qué bien discurres! Marcha, Pedro, marcha.

PEDRO ¿Y me despides por eso?

JULIA Por eso.

PEDRO ¿Porque discurro bien?

JULIA Porque el amor no discurre.

PEDRO Pero, Julia, piensa que...

JULIA (*Sonriendo, burlona.*) Piensa que... podría sorprendernos mi padre y tener un disgusto...

PEDRO Supongo, Julia (*contrariada y ofendida.*) que no creerás que tengo miedo por mí.

JULIA ¿Miedo tú? ¡Como voy yo a creer en eso?

PEDRO Lo dices de una manera, que me ofende.

JULIA Miedo un hombre cuando se trata de salvar a la mujer a quien quiere? ¡Cómo voy a creer eso de ti!

PEDRO Comprendo perfectamenie; (*Con ironía.*) me has dado una lección y quiero demostrarte que soy buen discípulo. Tienes razón, ante mujeres como tú, no se debe reparar en nada. ¿Mantienes lo que me has dicho?

JULIA Pero... (*dudando.*)

PEDRO Es que pensabas reirte de mí?

JULIA (*Con orgullo.*) No está mi ánimo para risas.

PEDRO ¿Serás capaz de hacer lo que has dicho?

JULIA Yo no tengo más que una palabra.

PEDRO (*Tomándolé la mano y sonriendo.*) Dentro de un momento estoy aquí con un auto que yo mismo conduciré. Cuando oigas la bocina...

JULIA (*Radiante de alegría.*) ¡Pedro!

PEDRO ¿Saldrás?

JULIA ¡Saldré!... Marcha, que viene alguien. (*Mutis Pedro. Obscurece.*)

ESCENA III

JULIA y DOÑA ANA por la segunda izquierda.

D.ª ANA ¿Con quién hablabas, Julia; no me lo niegues; con quién hablabas?

JULIA Con Pedro.

D.ª ANA ¡Jesús, si tu padre se entera! Cuando digo que hace unos días no hay quien te entienda...

JULIA ¿Nadie?... ¿Tú crees?

D.ª ANA Bueno, bueno; no empecemos, Julia. Mira, tu padre me acaba de decir que quiere hablar contigo.

JULIA *(Riendo irónica.)* ¡Qué novedad!

D.ª ANA No, hija; es que lleváis una semana sin dirigiros la palabra.

JULIA ¿Y se le ocurre, precisamente, después de esa visita?

D.ª ANA No te enmendarás, hija, no te enmendarás.

JULIA Pues dile que ahora no puedo; que espere... *(ríe.)* ¡que espere sentado! *(Haciendo mutis.)*

D.ª ANA Pero, Julia. Pero hija.

JULIA Sentado... sentado. *(Mutis.)*

ESCENA IV

DOÑA ANA y DON ALBERTO, por el foro.

D. ALB. Vamos a ver, ¿qué pasa en esta casa?

D.ª ANA ¡Ay, don Alberto! Eso digo yo también, eso. ¿Qué pasa en esta casa?

D. ALB. Señora; de ayer a hoy no será cosa de mucho cuidado. Digo yo.

D.ª ANA No es a lo que usted se refiere. Se le ha llamado, porque mi marido está algo malucho, pero no de cuidado. Ha hecho su vida or-

dinaria, sólo que de su despacho no ha salido.

D. ALB. ¡Vaya! Sobra de preocupaciones nada más; créame a mí. Nada más, doña Ana.

D.ª ANA Eso, eso; ya ve usted, estando así no debía de haberse ocupado hoy de nada y ha estado toda la tarde encerrado con don Justo el procurador.

D. ALB. ¿Ha estado aquí don Justo?

D.ª ANA Toda la tarde, sí señor.

D. ALB. ¿De parte de quién? (*Intencionadamente.*)

D.ª ANA Creo que sí, sí, de parte del que usted piensa. (*Pausa.*) Y diga, don Alberto, usted que le trata, ¿quién es ese hombre?

D. ALB. ¡Quién lo sabe, señora! Sé que es hombre voluntarioso y tozudo y muy reconcentrado. Que de pequeño le llevaron a Cuba y a Méjico después, y que allí, no se sabe cómo, fraguó una gran fortuna.

D.ª ANA Hablan de millones de duros, y dicen también que es viudo y sin hijos.

D. ALB. Eso creo.

D.ª ANA Y a propósito de esto, ya ve usted, lo que una oye por ahí, corren historias... poco tranquilizadoras.

D. ALB. Cualquiera sabe, doña Ana. Lo cierto es que nadie sabe nada de su origen ni de sus antecedentes; nadie le oyó jamás hablar de sus padres, ni de sus parientes ni de su pueblo, ni de su niñez.

D.ª ANA Hombre extraño, ¿verdad?

D. ALB. Muy extraño. No es hombre a quien se pueda conocer así, al primer golpe de vista. Su propia fortuna se ignoraría si él mismo no hiciera continuamente pregón de ella. Cuando se le habla de alguna cosa difícil, él dice que con dinero se consigue todo.

D.ª ANA No siempre.

D. ALB. Eso le digo yo; pero él responde que los que lo han heredado no van a ninguna parte; pero los que, como él, lo han sabido hacer a puño, esos pueden lograrlo todo si se lo proponen... Y eso es cuanto puedo dedecirle del tal Alejandro Gómez. (*Pausa.*) ¿Y Julia?

D.ª ANA No me diga usted, anda hoy de los nervios... atroz.

D, ALB. ¡Je, je! Cosas de muchachas casaderas. Los novios, doña Ana, los novios... La verdad es que no tiene la pobre chica la suerte que merece.

D.ª ANA A propósito, don Alberto; hoy sé que ha estado aquí Pedro. ¿Qué le parece a usted Pedro?

D. ALB. Pisch... No es mal muchacho, no, es ya un hombre, además; pero es algo tufiñas, algo cascarrabias, poco decidido también; ya ve usted, otro a sus años se bandearía ya por su cuenta fuera de los padres... Qué sé yo; no me parece el más indicado... En fin...

D.ª ANA Perdone estas expansiones, don Alberto. Aquí no se puede hablar con nadie, con nadie.

D. ALB. ¿Vamos a ver a su esposo?

D.ª ANA Sí, sí; perdone usted. Vamos, vamos. (*Mutis los dos por segunda izquierda.*)

ESCENA V

JULIA sola

(*Aparece por el mismo sitio que hizo mutis ataviada con un abrigo y un sombrerito. Nerviosa y con precipitación saca de la cómoda un monedero pequeño, que examina y guarda en el seno. La escena se supo-*

ne iluminada solamente por la luz de la calle, que penetra por la reja, a través de la cual se ve que se ha hecho ya de noche. A lo lejos se oye la bocina de un automóvil y se sobresalta; va hacia la reja, mira y se dirige hacia la puerta de la derecha. En este momento, los potentes faros de un automóvil, penetrando por la reja, van a detenerse en la puerta por donde ella va a salir y queda como clavada en el suelo al ver la figura de Alejandro Gómez, iluminada por la luz de los faros. Alejandro queda ocupando la puerta y ambos personajes se miran un momento fría y silenciosamente.)

ESCENA ULTIMA

JULIA y ALEJANDRO

ALEJ. Bien veo que no era a mí a quien esperaba usted.

JULIA No tenía por qué esperarle. Supongo que vendrá buscando a mi padre (*Da luz y se ilumina la lámpara del centro.*)

ALEJ. Cierto.

JUL. Puede entrar ahora mismo. Si prefiere que se le avise, llamaré a mi madre o a la criada (*Haciendo intención de dirigirse para salir hacia la puerta derecha.*), y perdone, que tengo que salir con mucha urgencia.

ALEJ. (*Sin moverse de la puerta.*) Un momento. Para que se tranquilice, respecto a la urgencia de esa salida, le aseguro a usted que por estos alrededores no hay otro coche que el que acaba de detenerse a la puerta de esta casa, y que ese coche no espera a nadie más que a mí.

JTL. ¿Y qué quiere usted decir con eso?

ALEJ. Quiero decir... que ese vanidoso que hablaba con usted por la reja, y al cual acabo de dejar en el Casino, está contando a todos que usted pretendía hacerle perder los estribos y que la roba.a.

JUL. ¡Jesús! ¡Mentira, mentira! Usted le calumnia. Eso no lo ha dicho Pedro.

ALEJ. (*Avanza muy tranquilo.*) Pues si él no lo hubiera dicho, ¡cómo iba yo a saberlo!

JUL. (*Llorosa.*) ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué vergüenza, Dios mío! Vil como aquel, y como el otro y como el otro. ¡Vil y canalla, como hombre, y como todos los hombres!

ALEJ. ¡Alto ahí! Sepa usted que en el mundo hay muy pocos hombres, que en este pueblo no hay más que uno y que a ese..., no le ha tratado usted todavía.

JUL. Acabemos. Usted dijo que venía...

ALEJ. A decir a su padre que todo está arreglado (*Subrayando estas tres últimas palabras. Julia pretende salir.*) Calma. Para poder decirlo, sin faltar a la verdad, antes tengo que darle a usted esto. (*Saca un sobre grande con papeles y se lo ofrece, y al ver que Julia no lo toma lo deja encima de la cómoda.*)

JUL. A mí no me tiene que darme nada.

ALEJ. Pero es preciso que entregue a su dueña lo que es suyo.

JUL. ¿Quiere hacer el favor de hablar más claro? (*Se ha quitado el sombrero.*)

ALEJ. Prepárese usted.

JUL. Estoy ya preparada para todo.

ALEJ. En ese sobre se encuentran todos los papeluchos que amenazaban llevar a su padre a...

JUL. Acabe, acabe.

ALEJ. A presidio.

JUL. ¿Se puede saber qué es lo que se propone usted?

ALEJ. Ya lo he dicho; entregárselos a su dueña.

JUL. Eso, a mi padre.

ALEJ. He dicho a su dueño, y su dueña es usted, porque, aunque ha intervenido mi dinero para adquirirlos, usted es quien los ha comprado. El dinero mío no ha sido más que el apoderado de la hermosura de usted. ¿Comprende?

JUL. ¡Oh! ¡Demasiado comprendo! Comprendo tanto, que le aseguro que si ahora mismo no se lleva usted eso e insiste en afirmar que soy su dueña, yo misma iré a devolvérselos a quienes los tenían.

ALEJ. Perdería usted el tiempo. Nadie tiene interés en ir contra su padre de usted, del que no pueden sacar nada. Ellos no quieren más que sus dineros, y ahora que los tienen no van a soltarlos a cambio de esos papelotes inútiles.

JUL. ¿Y era eso lo que anduvieron tratando con mi padre los apoderados de usted?

ALEJ. ¿No le dije que Alejandro Gómez, sabe conseguir todo lo que se propone? ¡Venirme con aquellas cosas a mí! ¿A mí? (*Al ver Julia esta manera de hablar se estremece.*) ¿Pero, ¿qué le pasa?... Parece que está usted mala, Julia.

JUL. ¡No, no; estoy bien!

ALEJ. Entonces, ¿por qué tiembla así?

JUL. Algo de frío acaso...

ALEJ. Frío, no; miedo.

JUL. ¿Miedo? ¿Miedo de qué?

ALEJ. ¡Miedo... a mí!

JUL. ¡Y por qué he de tenerle miedo?

ALEJ. Eso digo yo. (*Julia rompe a llorar.*) ¿Es que soy algún ogro?

JUL. ¡Es que me han vendido! ¡Sí, me han vendido!

ALEJ. ¿Y quién dice eso?

JUL. ¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no seré de usted... sino muerta!

ALEJ. (*Acercándose hacia Julia lentamente.*) Serás mía, Julia, serás mía... ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más! (*Julia va huyendo de Alejandro a medida que él se le acerca. Está sorprendida y amedrentada.*) A ver, ¿qué hice yo para que te pongas así? (*Cada vez que Julia se oye tutear de Alejandro, protesta con un gesto de ira contenida.*) ¿Es una mala acción el salvar esta casa de la ruina, el salvar a tu padre del presidio, el salvarte a ti de toda esta vergüenza?

JUL. ¡Ya veo, ya, lo bien calculado de sus planes! (*Se sienta sollozante sobre una silla.*) No puedo más! ¡Todo ma acecha, todo me acosa, todo me acorrala y, al fin, todo me vence!... ¡La vergüenza, la ruindad, la cobardía!... ¡Son demasiadas fuerzas contra la sola debilidad de una pobre mujer!... ¡No puedo, no puedo más! ¡Hagan de mí lo que quieran!

ALEJ. ¿Qué quieres decir con eso?

JUL. No sé... No sé lo que digo...

ALEJ. ¿Qué es eso de que hagan de ti lo que quieran?

JUL. Sí, que puede usted...

ALEJ. (*Acercándose mucho a Julia e interrumpiéndola con una noble y altiva exaltación.*) Pero es que lo que yo quiero, óyelo bien, lo que yo quiero es hacerte mi mujer. (*A Julia se le escapa un grito, lleno de sorpresa, de incredulidad y de alegría contetenida, mientras se queda mirando al hom-*

bre, inmóvil y como hipnotizada.) ¡Pues qué creías!

JUL. Yo creí..., vamos, supuse... (*Los sollozos no la dejan terminar.*)

ALEJ. Sí, mi mujer, la mía... (*Va a cogerle una mano y ella se adelanta con las suyas.*) ¡Mi mujer legítima, claro está! La ley sancionaré mi voluntad. O mi voluntad la ley. (*Pausa.*) Voy a tener la mujer más hermosa del mundo. ¿verdad, Julia? (*Ella le mira entre sorprendida y dudosr.*) Ahora es cuando puedo ir a decirle a tu padre que ya esta todo arreglado. (*Mutis segunda izquierda.*)

TELON

JORNADA SEGUNDA

Cabinete lujoso con puerta al foro y una a cada lateral. En el primer término de la derecha hay un velador-tablero de ajedrez y en el de la izquierda una mesita de té. La acción comienza en las primeras horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JULIA y ALEJANDRO sentados junto a la mesita de la izquierda. Ella está sirviéndole el café y él leyendo «El Financiero». Un CRIADO espera de pie y al final se lleva el servicio.

JULIA — ¿Te gusta más que el que tomáis por ahí?

ALEJ. — ¡Sí, buena diferencia! Pero, de todos modos, no saben hacer aquí el café como en Cuba. Allí lo tuesta cada cual en su casa y sólo la cantidad necesaria para cada vez. Un día voy a hacerlo yo al estilo de allá y verás la diferencia... Ya veo el tablero preparado. Ahora a esperar que venga el conde, ¿eh?

JULIA — Me gusta mucho, la verdad. ¡El ajedrez, por supuesto!

ALEJ. — (*Sonriendo.*) ¡No, que iba a ser el majadero ese!

JULIA — ¿Por qué le tratas así. Pues mira, es muy desgraciado.

ALEJ. El se tiene la culpa. A un hombre a quien su mujer le hace lo que a él la suya no se le puede tener lástima. Cada día corre una adivinanza respecto al cirineo conyugal de ese mentecato, y él lo tolera...

JULIA Es que su casa es un verdadero infierno.

ALEJ. Sí, un infierno; pero de muy pocas llamas.

JULIA Pensó encontrar la felicidad constituyendo una familia, y el pobre...

ALEJ. ¡Qué familia ni qué ocho cuartos! El se casó por la dote de ella, y ella, por el título de él. Después, él se dedicó a desbaratar la fortuna y ella a estropear el título. Lo demás son monsergas que él te cuenta para hacerse el interesante. Familia. ¡Valiente familia!

JULIA Oye, Alejandro, ahora que hablamos de eso..., nunca me has dicho nada de la tuya.

ALEJ. ¿Familia? Yo no tengo hoy más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

JULIA ¿Pero y tus padres?

ALEJ. Haz cuenta que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. ¡Yo me he hecho solo!

JULIA Otra cosa quería preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo.

ALEJ. ¿Que no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que me hayas dicho?

JULIA No, nunca; no tengo queja...

ALEJ. ¡Pues no faltaba más!

JULIA No, no tengo queja; pero...

ALEJ. Bueno, pregunta y acabemos.

JULIA (*Arrepentida.*) No, no te lo pregunto.

ALEJ. *(Con energía, pero sin amenaza.)* ¡Pregúntamelo! (*Pausa.*)

JULIA *(Tímidamente.)* Pues bueno, dime; ¿tú eras viudo?

ALEJ. (*Queda un momento suspenso y frunce el entrecejo, como si por su frente pasara una densa sombra.*) Sí, era viudo.

JULIA ¿Y tu primera mujer?

ALEJ. A ti te han contado algo...

JULIA No, pero...

ALEJ. (*Mirándola fijamente.*) A ti te han contado algo, dí.

JULIA Pues sí, he oído algo...

ALEJ. ¿Y lo has creído?

JULIA No, no lo he creído.

ALEJ. ¡Claro, no podías ni debías creerlo!

JULIA No, no lo he creído.

ALEJ. Es natural. Quien me quiere, como me quieres tú; quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.

JULIA ¡Claro que te quiero! (*Pretendiendo provocar una confesión recíproca.*) Y tú a mí, Alejandro, ¿me quieres? ¡Dímelo! ¿Me quieres? Nunca me hablas de eso.

ALEJ. Solamente los tontos hablan de esas cosas: «Encanto ... rica ... hermosa ... querida...» ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¿Con esas cosas a mí? ¿A mí? Esas son cosas de novelas. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

JULIA Y me gusta todavía.

ALEJ. Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construír en ese solar de ahí al lado un gran pabellón para biblioteca y te lo lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán aquí.

JULIA ¡Qué cosas dices!...

ALEJ. Bueno, a lo que estábamos. A ti te han dicho que me case en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su

heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?

JULIA Sí, eso me han dicho.

ALEJ. ¿Y lo creiste?

JULIA Ya te he dicho que no. No pude creer que matases a tu mujer.

ALEJ. Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía? *(Alejandro subraya la palabra «cosa» y Julia se estremece al oirlo.)* Habría sido una absoluta necedad. ¿ Para qué? ¿Para heredarla? ¡Pero si yo disfrutaba de su fortuna, lo mismo que disfruto hoy de ella. ¡Matar a la propia mujer! ¡No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!]

JULIA *(Tímidamente.)* Ha habido, sin embargo, maridos que han matado a sus mujeres.

ALEJ. ¿Por qué?

JULIA Por celos o porque les faltaron ellas.

ALEJ. ¡Bah, bah, bah! Los celos son cosas de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? ¿A mí?... A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquélla, no me puedes taltar tú!

JULIA Me duele oirte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte!

ALEJ. Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

JULIA ¡Claro!

ALEJ. Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible!... Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

CRIADO Señora... (*Por la izquierda.*)

JULIA ¿Qué hay?

CRIADO El niño acaba de salir en el cochecito con la miss.

JULIA — Está bien... Oiga, ¿marchó contento?

CRIADO — Sí, señora... ¿Manda algo?

JULIA — No, nada. (*Mutis el criado, por la misma puerta.*) ¡Qué hijo más rico! ¿Verdad?

ALEJ. — Verdad... Mira, ¿no me preguntabas hace un momento por mi familia? Pues ahí la tienes. Ahora tengo ya familia y quien me herede y continúe mi obra.

JULIA — ¿Y si no hubiese venido?

ALEJ. — ¡Imposible! Tenía que venir. Tenía que tener un hijo yo, yo.

JULIA — Pues hay muchos que se casan y no los tienen.

ALEJ. — Otros, sí; pero yo, no. Yo tenía que tener un hijo.

JULIA — ¿Y por qué?

ALEJ. — Porque tú no podías no habérmelo dado.

ESCENA II

JULIA, ALEJANDRO, D. ALBERTO y el CRIADO, que aparece por el foro con una tarjeta en una bandeja.

ALEJ. — (*Coge la tarjeta, la lee y se la da a Julia.*) ¡Hombre, que pase en seguida!
(*El criado sale y vuelve al momento, invitando a entrar a don Alberto. v hace mutis.*)

JULIA — ¡Qué sorpresa!

D. ALB. — Señores de Gómez...

JULIA — ¡Ingratón! Tres días ya en Madrid y sin venir hasta hoy.

ALEJ. — ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo cuando uno se propone de verdad alguna cosa la consigue?

D. ALB. — ¡Trabajillo costó; pero, vaya, al fin, ya estoy al lado de mis hijos. La chica, de maestra en la Normal; el chico, de interno en

San Carlos, ¿qué hacía yo en Renada solo?

JULIA Diga usted que sí.

D. ALB. Pero no quería ser gravoso a nadie, y hasta que he conseguido esta plaza de médico en la Beneficencia provincial ¡no he querido venir.

ALEJ. Muy bien hecho.

D. ALB. Pero, bueno; lo que yo no quiero de ninguna manera es que me traten como de cumplido. He venido a esta hora suponiendo que era la mejor para encontrarles a los dos en casa; pero yo sé que usted, Alejandro, tiene la costumbre de ir al Círculo después de comer y no consiento que por mí se retrase.

ALEJ. Nada de eso. Esta tarde viene usted conmigo y allí charlamos.

ALB, Un momento nada más, porque estos primeros días hay cosas que hacer.

ALEJ. Usted, cuando se canse o le parezca bien, se marcha.

ALB. Conformes.

ALEJ. Pues voy a recoger unos papeles y en se guida soy con usted. Ahora ahí a hablar de las cosas del pueblo. *(Mutis por la derecha)*

ESCENA III

JULIA y DON ALBERTO

ALB. Aún no salgo de mi asombro, señora de Gómez. ¡Esto se llama vivir, pero bien, bien, carape! ¿Supongo que ahora no tendrás queja de la suerte?

JULIA ¿Usted cree, don Alberto?

ALB. ¿Todavía? ¡Eres insaciable! ¿Pero, qué deseas ahora, muchacha?

JULIA Una cosa que parece sencilla, o al menos,

que es justa. Lo que cualquier mujer casada tiene derecho a saber: si la quiere o no su marido... Eso es lo que me falta y eso es lo que deseo, don Alberto.

ALB. ¡Ay, ay, ay! ¡Esa cabecilla, como siempre! De seguro que se trata de preocupaciones que tú misma te buscas sin nesidad. ¿En cinco años de casada, no has tenido ocasión de saberlo?

JULIA Le aseguro que no.

ALB. ¿No te trata bien?

JULIA Hasta casi me mima.

ALB. Pues...

JULIA Pues, a pesar de todo, aún no sé si me quiere, y mientras me quede esa duda, creeré que me ha comprado para su regalo y su orgullo, y esto sería para mí la más vergonzosa de las ventas.

ALB. ¡Pero qué cosas te forjas!

JULIA Esto hace que yo me encuentre sola y como rodeada de un enigma que no puedo descifrar: ¿me quiere o no me quiere?... No, no don Alberto; necesito saberlo y he de poner en la empresa todos los medios que estén a mi alcance, sean de la índole que sean. Todo antes que esta duda, con la cual no puede haber felicidad para mí.

ALB. Cuidado, Julia, en llevar la duda más allá de lo que la realidad aconseja.

JULIA ¡Pues en la misma realidad me fundo! Mire usted, en la gran libertad que preside la vida de esta sociedad en que vivimos, hay sobradas ocasiones que se prestan al equívoco. Continuamente me veo yo amenazada por esta situación... ¿Cree usted que Alejandro siente la menor intranquilidad por ello? Me deja en una libertad tan absoluta, que si no es indiferéncia se le asemeja bastante.

ALB. No es indiferencia; es seguridad, sencillamente.

JULIA ¿Seguridad, en quién?

ALB. ¡En quien! En ti.

JULIA ¡O en él.

ALB. Pues, hija, te vi salir milagrosamente del infierno de la casa paterna y ahora te encuentro metida en otro infierno en tu propia casa.

JULIA Debe ser ese mi destino.

ESCENA IV

JULIA, ALBERTO y ALEJANDRO

ALEJ. (*Por la derecha dispuesto para salia de casa.*) Andando. Cuando usted quiera...

JULIA ¿Pero vas a ir así al Círculo, Alejandro?

ALEJ. ¿Pues cómo voy?

JULIA Así, hombre, con ese traje tan usado.

ALEJ. Es como únicamente me gustan. Los trajes nuevos recien planchaditos, con la rayita en las perneras, me sacan de quicio. Eso de que tenga uno que tomar la forma del traje, en vez de ser el traje el que tome la forma de uno...

ALB. Claro que sí, hombre. ¿Qué más da?

ALEJ. Eso de presumir con los trapos se queda para las mujeres. Vaya, ¿vamos?

JULIA Supongo que le veremos todos los dias, ¿eh? (*A don Alberto.*)

ALB. Tanto, no digo; pero con mucha frecuencia, sí.

ALEJ. (*A Julia.*) No guardes «El Financiero», que todavía me queda algo que leer.

ESCENA V

JULIA, ALEJANDRO, DON ALBERTO, un CRIADO y el CONDE DE BORDAVIELLA.

CRIADO (*Por el foro.*) El señor conde de Bordaviella. (*Se retira.*)

ALEJ. Vamos, ya tienes entretenimiento. (*A don Alberto.*) Un mentecato que no sirve más que para que las mujeres jueguen con el.

BOR. (*Entra por el foro, da la mano a Julia y a Alejandro y se inclina ante don Alberto.*) Julia, don Alejandro...

ALEJ. (*Presentándolos*) El doctor don Alberto Robles, antiguo amigo de Renada. El conde de Bordaviella.

BOR. ¿Salían ustedes?

ALB. No, no; si tienen algo que tratar, Alejandro, quédese, por mí...

ALEJ. ¡Que disparate!

BOR. No, señor, nada.

ALEJ. El conde es aquí visita de confianza... (*Bajo a don Alberto.*) De absoluta confianza se lo aseguro.

JULIA Viene a continuar una partida de ajedrez conmigo.

BOR. Eso.

ALEJ. Vaya, pues que sea una buena partida, ¿eh? (*Se despiden, y Alejandro y don Alberto hacen mutis por el foro*

ESCENA VI

JULIA y BORDAVIELLA

JULIA Aquí está el tablero tal y como lo dejamos.

BOR. Vengo sediento de venganza. (*Se sientan ante el tablero, el uno frente al otro, colo-*

can las piezas de ajedrez y se ponen a jugar.)

JULIA Con que vengativo, ¿eh?

BOR. Es que la derrota de ayer fué vergonzosa. Y todo por no atacar con el ímpetu que debía,

JULIA Pues ya lo sabe usted; a atacar sin contemplaciones.

BOR. Véase la muestra. ¡A la reina!

JULIA Que le como ese caballo impunemente

BOR. Es verdad. Perdone. Voy a librarle, que las señoras y los caballos siempre fueron mi debilidad.

JULIA Le compadezo. Asi le ha ido a usted.

BOR. Tiene razón, Julia, y hace bien en compadecerme.

JULIA Cuidado con ese alfil.

BOR. Hoy mismo he tenido un disguctazo... ¡Al rey y a la reina!

JULIA Y lo quiere usted pagar conmigo, por lo que veo.

BOR. ¿Con usted, Julia, con usted? ¡Si yo no tengo otra persona más que usted para desahogar mi corazón de tanta amargura! Vaya, devuelvo la jugada para que no crea eso.

JULIA Siempre tan galante.

BOR. Y usted achacando siempre a galantería lo que es una necesidad de mi corazón.

JULIA Pero es que cediendo va usted a perder.

BOR. Cediendo, Julia, se gana muchas veces (*Con marcada intención.*)

JULIA (*Sin querer enterarse.*) No sé; acaso.

BOR. No le quepa duda. (*Dejando de jugar para mirarla.*) ¡Ah, si nos hubiéramos conocido antes! ¡Antes de haberme unido yo a mi desdicha! Y usted...

JULIA (*Interrumpiendo con sequedad.*) Y yo a la mía; ¿no es eso?

BOR. No, no, no quería decir eso... no.

JULIA *(Desde este momento dejan ambos el juego de ajedrez.)* ¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?

BOR. Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, a su marido.

JULIA ¿Y usted sabe que me habría entonces entregado a usted?

BOR. ¡Oh, sin duda, sin duda!

JULIA Qué petulantes son ustedes los hombres.

BOR. ¿Petulantes?

JULIA Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible.

BOR. ¡Yo... no!

JULIA ¿Pues quién?

BOR. ¿Me permite que se lo diga, Julia?

JULIA ¡Diga lo que quiera!

BOR. ¡Pues bien, se lo diré! Lo irresistible habría sido, no yo, si no mi amor. ¡Si, mi amor!

JULIA ¡Pero es una declaración en regla, conde! Y no olvide que soy una mujer casada, enamorada de su marido ..

BOR. Eso...

JULIA ¿Y se permite usted dudarlo? Enamorada, sí, como me lo oye, enamorada, sinceramente enamorada de mi marido.

BOR. Pues lo que es él...

JULIA ¿Eh? *(Como qvien recibe un golpe brutal.)* ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho a usted? que él no me quiere?

BOR. ¡Usted misma!

JULIA Ahora me va a salir conque he sido yo quien le ha estado provocando a que me haga el amor!... ¡Mire usted, conde, esta va a ser la última vez que venga a mi casa! *(Recoge las piezas del ajedrez y se levanta.)*

BOR. ¡Por Dios, Julia!

JULIA ¡La última vez, he dicho!

BOR. ¡Pos Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemplarla, a enjugarme, viéndola, las lágrimas que lloro hacia dentro!

JULIA ¡Qué bonito!

BOR. Y lo que la dije que tanto pareció ofenderle...

JULIA ¿Pareció? ¡Me ofendió!

BOR. Lo que la dije, y que tanto la ofendió, fué tan solo que si nos hubiésemos conocido antes de haberme entregado a mi mujer y usted a su marido, yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero...

JULIA ¡Conde!

BOR. Yo no soy de esos hombres incapaces de querer, pero que exigen que se les quiera y cren tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer que se les rinda. Hay quienes toman una mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado como podrían llevar una leona domesticada, y decir: Mi leona; ¿veis cómo me está rendida? ¿Y por eso querrían a su leona?

JULIA ¡Conde, conde... que está usted entrando en un terreno!...

BOR. (*Junto al oido de Julia.*) Donde estoy entrando es en su conciencia. (*Ella separa la cabeza y él se acerca más.*) ¡Sí, Julia, sí; en su conciencia!

JULIA ¡Déjeme, conde, déjeme! ¡Si entrara él ahora!

BOR. No, él no entrará. A él no le importa nada de usted. El nos deja así, solos, porque no la quiere... ¡No, no la quiere, Julia, no la quiere!

JULIA Es que tiene absoluta confianza en mí.

BORD. ¡En usted, no! En sí mismo. Cree que a él, por ser él, él, Alejandro Gómez, el que ha fragüado una fortuna... no quiero saber

cómo... a él, no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia; lo sé.

JULIA Sí; le desprecia a usted.

BORD. ¡Lo sabía! Pero tanto como a mí la desprecia a usted.

JULIA ¡Por Dios, conde, por Dios; cállese, que me está matando.

BORD. Quien la matará será él, él, su marido. ¡Y no será usted la primera!

JULIA ¡Eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su muje.! ¡Y váyase, váyase! (*Con mucha energía esta vez.*) ¡Váyase y no vuelva!

BORD. Me voy, pero volveré. Usted me llamará. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA VII

JULIA y ALEJANDRO, que entra por la izquierda. Luego un CRIADO

ALEJ. (*Queda un momento inmóvil ante Julia.*) ¿Qué pasa?... ¡Parece que te ha afectado mucho mi llegada!... (*Trae la corbata deshecha y el cuello de la camisa desabrochado.*)

JULIA (*Titubeando al pıincipio y serenándose conforme va encontrando pretexto para justificarse.*) No... nada... Es la forma en que vienes y lo pronto que has vuelto.

ALEJ. ¿La forma en que vengo?

JULIA Sí. ¿No lo sabes? Mira, mira la corbata...

ALEJ. ¡Ah, nada! ¡Qué se yo! El descuido mío de siempre.

JULIA Además, como no tienes costumbre de entrar por aquí...

ALEJ. Hoy me dió por subir por la escalera de servicio... ¿Y ha sido esa la causa de tanta sorpresa?

JULIA — Todo reunido. ¡Has vuelto tan pronto; te presentas así!.,. (*Pausa.*) ¿Te aburrías en el Círculo con don Alberto?

ALEJ. — No; hoy ha sido la cosa bastante entretenida... ¿Y tú? ¿Qué, se marchó ya el conde ese?

JULIA — Ahora mismo se ha marchado.

ALEJ. — ¿Lo pasaste bién?

JULIA — Mejor que sola...

ALEJ. — Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve ese pobre mentecato.

UN CRIA. — (*Por el foro.*) Un caballero desea hablar reservadamente con el señor. (*Le entrega una tarjeta.*)

ALEJ. — Pásale al despacho.

JULIA — No, no; recíbele aquí. Me marcharé yo.

ALEJ. — Pues dile que pase. (*Mutis el Criado por el foro.*) Auenó, (*A Julia.*) anda; te llamraé cuando se vaya, (*Mutis Julia por la derecha.*)

ESCENA VIII

ALEJANDRO y un CABALLERO

ALEJ. — Tome usted asiento, señor. (*Se sientan.*) Y usted dirá.

CAB. — Perdone si vengo a...

ALEJ. — Nada, nada, al grano; diga usted.

CAB. — Deseaba hablar a usted sobre lo que acaba de ocurrir en el Casino.

ALEJ. — Ya sé io que me va usted a decir, pero déjelo; eso no son más que habladurías de las gentes. ¿A mí, a mí con bromitas de esas? Como si no entendiese, como si yo no supiera las necedades que corren por ahí entre los majaderos apropósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y es-

toy dispuesto a cortar de raíz esas hablillas.

CAB. Pero no así, don Alejandro, no así.

ALEJ. Ya, ya; lo que les parecería mejor a todos, para terminar con eso, es que prohibiese la entrada del conde en mi casa.

CAB. No, no; yo no puedo meterme en...

ALE. No, señor, no. Eso sería dar la razón a los maldicientes, y yo no soy un tirano, además. Si a mi mujer le divierte ese fantoche, ¿voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más! ¿Pero, pegármela a mí? ¿A mí?..! ¡Ustedes no me conocen!

CAB. No, no, desde luego, desde luego. Ahora, que las apariencias, don Alejandro, hay que...

ALEJ. Yo no vivo de apariencias sino de realidades.

CAB. Sí, sí, lo comprendo. lo comprendo. Yo me he atrevido a visitarle con la mejor intención del mundo. Conozco a usted de verle en el Casino, y soy amigo de...

CAB. ¿Del mentecato ese que se atrevió a propasarse?

CAB. De ese a quien acaba usted de romper una silla en la cabeza. Nadie puede prever las consecuencias de todo esto y yo creo que lo mejor sería arreglarlo amistosamente en seguida, porque de lo contrario el ofendido nombrará sus representantes y...

ALEJ. Conformes; no siga usted adelante. Dígale que me pase la cuenta del médico o cirujano que le cure, y que la pagaré. Así como los daños y perjuicios a que haya lugar.

CAB. No, don Alejandro, no es eso.

ALEJ. ¿Pues qué, entonce?

CAB. El seguramente exigirá una reparación..., una satisfacción, una explicación honrosa... Y si usted se negara... ¿Entiendes?

ALEJ. No, señor, no le entiendo... o no quiero entenderle.

CAB. Y si usted se negara..., pues un duelo.

ALEJ. ¡Muy bien! Pues si se empeñara en eso, dígale que cuando quiera. Pero para eso no hace falta que nombre padrinos ni se moleste a nadie. Dígale, si llega el caso, que en cuanto se cure de la cabeza, quiero decir, de la herida..., que me avisé, que iremos donde él quiera, nos encerramos y la emprendemos uno con otro a trompada y patada limpias. No admito otras condiciones. ¡Y ya verá quién es Alejandro Gómez!

CAB. Don Alejandro... Yo vine aquí a servir de amable componedor; pero no a servir de burla.

ALEJ. ¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada y no quiero entender de esas andróminas del Código del honor... Conque, ya lo sabe usted.

CAB. Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que le diga...

ALEJ. Diga ústed lo que quiera, pero midiendo las palabras, ¿eh?

CAB. (*Levantándose.*) Permítame usted que le advierta que todo el mundo dirá que no es... (*Pausa.*)

ALEJ. Diga, diga.

CAB. ¡Que usted no es un caballero!

ALEJ. ¡Y claro que no lo soy hombre, claro que no! ¿Caballero yo? ¿De dónde? ¿Cuándo? Yo me crié burrero, hombre, y no caballero. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino

a pie, a pie y andando ¡Claro que no soy caballero! ¿Caballerías a mí? ¿A mí? ¡Vamos, hombre!

CAB. Bien, bien. Lamento mucho haber intervenido en este asunto al que me guiaba el mejor propósito. Usted sufrirá las consecuencias de su incalificable conducta.

ALEJ. Entendido. y a ellas me atenga. (*Llama al criado con un timbre.*) Y en cuanto a ese... a ese caballero de lengua desenfrenada a quien descalabré la cabeza, dígale, se lo repito, que me pase la cuenta del médico y tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y usted, si alguna vez—que todo pudiera ocurrir—necesitara algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, puede acudir a mí que le serviré, como he servido y sirvo a otros cabaileros. (*Aparece el criado por el foro.*)

CAB. ¡Don Alejandro!

ALEJ. (*Al criado.*) Acompaña a este caballero. (*Vase el caballero por el foro.*)

ESCENA ULTIMA

ALEJANDRO y JULIA

ALEJ. (*Llamando a la puerta de la derecha.*) Julia... Puedes venir ya.

JUL. ¿Me vas a decir la verdad?

ALEJ. ¿Te he mentido yo alguna vez?

JUL. Pues dime: ¿qué te ha pasado en el Círculo?

ALEJ. Nada; que a un imbébil se le ocurrió gastarme una broma de doble sentido y de mal gusto,y le di un silletazo en la cabeza.

JUL. ¿A propósito de qué fué la broma?

ALEJ. A propósito de tu amistad con el conde ese. ¿Por qué te he de privar que te diviertas con él, como te divertirías con un perro

faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un tití, y le acaricies y hasta le besuquees, ¿voy a coger al perrito, o al michino, o al tití, y voy a echarlos por el balcón a la calle. ¡Pues estaría bueno! Mayormente, que podía caerle encima a uno que pasase! Diviértete con él cuanto te plazca!

JUL. Pues mira, si piensan así, puede que tengan razón; debes negarle la entrada a ese hombre.

ALEJ. ¿Hombre?

JUL. Bueno. Debes negarle la entrada al conde de Bordaviella.

ALEJ. ¡Niégasela tú. Cuando no se la niegas, es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón, porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

JUL. ¡Con qué frialdad, con qué serenidad lo dices!

ALEJ. Con las que el asunto merece.

JUL. ¡Con las que el asunto merece!... Oye, Alejandro, ¿y si empezara a interesarme?

ALEJ. ¡Bueno, bueno!... ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos. ¿A mí?

JUL. ¿Y si estuviera ya interesada?

ALEJ. ¡Ja, ja, ja, ja!

JUL. *(Exaltada.)* ¡No te rías así, Alejandro! ¡No te rías así, que me desesperas! ¿Es que tú crees que eso sería para tomarlo a risa?

ALEJ. A ti la vida de la corte y las novelas que lees te están trastornando. Habrá que llevarte al campo una temporadita para que se te cure esa neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor.

JUL. ¿Mi neurastenia?

ALEJ. ¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo la tienen los libros.

JUL. ¿Qué quieres decir? ¿Que no vuelva a leer más?

ALEJ. No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

JUL. No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

ALEJ. ¡Naturalmente, como que eso no se puede exigir! Y además, como sé que me quieres y que no podrías querer a otro, aunque te lo propusieras, después de haberme conocido a mí... Te lo aseguro yo; no podrías... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelerías. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el te. Nada, nada; al campo decididamente. Una temporada de campo te vendrá muy bien. Eso templa los nervios. Por supuesto, si crees que has de aburrirte allí sin tu michino, puedes invitar al condezuelo ese a que nos acompañe, porque yo no tengo celos, ya lo sabes. (*Se sienta, disponiéndose a leer.*) ¿Está ahí «El Financiero»? (*Julia coge el periódico y se lo tira con desabrimiento, y mientras él lo levanta del suelo dice.*): ¡Al campo, al campo!

JUL. ¿Tan incapaz de interesar... a nadie le crees?

ALEJ. ¡Dale! ¿Pero cuándo te convencerás, mujer, de que yo no soy como los demás?... ¡A nadie! El mentecato ese no puede interesar a nadie, porque es eso: un mentecato, un gozquezuelo, un michino, un tití.

JUL. ¿Y tú; qué eres tú?

ALEJ. ¿Yo? ¿Que quién soy yo?... ¿Pero no lo sabes ya? ¿Pero no te lo he dicho muchas veces? ¿Pero aún no te has enterado, mujer? (*La mira fijamente.*) Pues un hombre... No lo dudes; ¡todo un hombre! (*Y se pone a leer el periódico.*)

TELON

JORNADA TERCERA

La misma decoración que en la auterior jornada

ESCENA PRIMERA

(*Aparecen por el foro, en traje de calle Julia, la Marquesa, Margot y Bordaviella.*)

JULIA Voy a decirle a Alejandro que estamos de vuelta y que no hubo medio de adquirir localidad.

MARQ. Pero que les reservamos dos sillas en nuestro palco.

JULIA Qué sé yo si querrá él.

BOR. Por lo menos que de usted no prescindimos y que a por usted vendremos esta noche.

MAR. ¡Eso ya se lo diremos nosotras!

JULIA Enseguida estamos aquí. (*Mutis por la derecha,*)

MAR. (*A Bordaviella.*) ¡Qué poco diplomático es usted, hombre, parece mentira.

BOR. Le agradecería ese capotazo si en él no pusiera usted tan mala intención!

MAR. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué te parece. Anita?

MARQ. Pero Bordaviella, ¿es que cree que todo el mundo está ciego?

BOR. (*Sonriendo.*) ¿También usted, marquesa? ¡Por Dios, que no son más que suposiciones de ustedes!

MAR. ¡Ande usted de ahí, hipócrita!

MARQ. Pues así que esta tarde han estado ustedes.,

MAR. Como para dejar lugar a dudas.

BOR. (*Siempre sonriente.*) Les aseguro formalmente que entre Julia y yo no hay más que una amistad desinteresada y respetuosa.

MAR. Pues lo disimulan muy bien.

BOR. ¿Es que la predilección en una amistad ha de ser, forzosamente, motivo justificado para la malicia de ustedes?

MARQ. ¿De nosotras nada más? ¡Hombre, si todos lo han notado! ¡Si todos están en el secreto!

BOR. ¿Pero, qué secreto, Marquesa? ¿Qué puede haber notado, Margot?

MAR. Pues nada, que se han soltado ustedes el pelo y que ya no saben recatarse ni delante del marido siquiera.

BOR. Eso, más que una broma, voy a creer que es una mala partida que ustedes pretenden jugarme poniendo en circulación esa especie.

MAR. Los malas partidas (*Riendo,*) son las que usted juega en esta casa.

BOR. ¡Está usted tremenda. Margot! (*Notando que alguien llega.*) ¡Silencio, por favor!

MAR. Soy un sepulcro.

ESCENA II

Los mismos, JULIA y ALEJANDRO

ALEJ. (*Saludando.*) Señora Marquesa... Margot... Señor conde...

MAR. Ya le habrá dicho Julia lo que hay.

ALEJ. No, Julia me ha dicho lo que no hay: que se han acabado las localidades.

BOR. Todo el teatro vendido.

MARQ.	Y que nosotros le reservamos dos sillas para ustedes en nuestro palco.
ALEJ.	¡Para qué se van ustedes a molestar, no faltaba más.
MAR.	Ninguna molestia... Ustedes vienen al palco nuestro y nada más.
ALEJ.	Perdonen ustedes...
MAR.	¿Va usted a privar a su mujer de la función más atractiva de la temporada?
BOR.	Es un programa delicioso.
ALEJ.	Pero no para mí... Ustedes ya saben que yo no entiendo esas óperas en italiano.
MAR.	Ni nosotras tampoco: pero lo de menos es la ópera. Lo principal es el pretexto que ofrece para reunirnos, para exhibirnos, para charlar...
ALEJ.	Sí, sí; lo comprendo, lo comprendo.
BOR.	Todo el mundo irá allí esta noche.
ALEJ.	Todo el mundo de ustedes, pero no del mío.
MARQ.	¿Y será usred capaz de privar a Julia de esa...
ALEJ.	(*Interrumpiendo.)* ¡Oh, no! ¡De ninguna manera! Ella puede ir, si eso le divierte; no faltaba más!
JULIA	No; si te contraría, ¿para qué?
ALEJ.	¡Pero qué cosas dices! Van a creer estos señores que yo soy un tirano. ¿Cuándo te he privado de una cosa de tu gusto? A ver, di.
JULIA	Nunca. No, no es eso... En fin, yo les avisaré a ustedes más tarde.
MARQ.	Nada, nada.
MAR.	Que venimos.
BOR.	Que nos la llevamos.
ALEJ.	Sí, sí; lo que ella quiera, lo que ella quiera. No faltaba otra cosa.
MARQ.	Pues cumplida nuestra misión, nos retiramos.

JULIA ¿Sin descansar un poco?

MAR. Alguno de nosotros, quiza.

BOR. Yo, si ustedes se marchan, las acompaño..., a menos que me necesiten en esta casa.

JULIA En esta casa, los buenos amigos siempre son necesarios, ¿verdad, Alejandro?; pero, vamos, no es cosa de hipotecarles la libertad.

ALEJ. Muy bien. Hipotecas sobre la libertad, de ninguna manera.

MAR. Son poco sólidas, ¿verdad?

ALEJ. Veo que tiene usted excelentes condiciones financieras.

MAR. No lo sabe usted bien. Mi modista es la que podía informar sobre este asunto. En fin, señores, yo veo que esto, en lugar de acabar, empieza, y yo tengo que preparar algunas cosas para esta noche. Si alguno de ustedes viene...

MARQ. Sí, vamos; vamos nosotras.

BOR. Y yo, que las acompaño.

MARQ. Pues ya lo saben; que contamos con ustedes, o por lo menos, con usted, Julia.

JULIA Ya le avisaré, ya le avisaré.

BOR. ¿Nos va usted a desairar?

JULIA No, no sería desaire, de todos modos; eso no. (*Se despiden y salen por el foro la Marquesa, Margot y Bordaviella.)*

ESCENA III

JULIA y ALEJANDRO

JULIA ¿De modo que te obstinas en no ir esta noche?

ALEJ. Ya sabes que no me divierten esas cachupinadas. ¿Se dice así: cachupinadas?

JULIA ¿Y llamas cachupinadas a una función como

esa? ¡Qué cosas dices, hombre! ¡Si ya todo el mundo!

ALEJ. Todos menos yo, que no voy.

JULIA ¿Es esa tu última palabra?

ALE. ¿Y qué quieres decir con eso?

JULIA Que te has propuesto aguarme la fiesta.

ALEJ. ¿Yo?

JULIA Si, tú. Porque esa es una manera indirecta de hacer que no vaya.

ALEJ. ¡Qué afición tienes, mujer, a complicar las cosas! ¡Si soy yo el primero que quiere que vayas! Ya has oído... No empiecen a decir que yo te tiranizo·

JULIA ¡Ah! ¿Pero te preocupas ahora de lo que puedan deeir los demás?

ALEJ. Ahora y siempre, lo que puedan decir de ti, no, no me preocupa, no me ha preocupado nunca. Lo que puedan decir de mí, según lo que sea, así me ha preocupado o no. Conque no hablemos mas de esto. Tú al teatro, puesto que eso te agrada.

JULIA ¿Y tú?

ALEJ. Yo, en casita tan ricamente.

JULIA ¿En casa? ¿Piensas quedarte en casa?

ALEJ. Sí, mujer, sí; en casa, en casa. ¿Hay algo con esto también?

JULIA No... Nada... Que te has vuelto muy casero desde que estuvimos en el campo.

ALEJ. Claro, allí me acostumbré a no salir de noche...

JULIA Y a alguna otra cosa más.

ALEJ. Puede.

JULIA ¿Pero es que tienes algo que hacer en casa?

ALEJ. Siempre hay cosas que hacer, si uno quiere.

JULIA ¿También como aquellas?

ALEJ. ¿Como cuáles?

JULIA Como las que hacías allí, en la casa de campo, hombre ¿o crees que no llegué a darme cuenta de aquéllo?

ALEJ. ¡Ah!... Me lo suponía, porque yo no lo oculté mucho.

JULIA (*Muy contrariada desde este momento hasta el final de la escena.*) ¿Qué quieres decir?

ALEJ. Que eres demasiado hermosa para diario.

JULIA (*Iracunda.*) ¿Eso es una adulación o un insulto...? Sí, sí... ¿Una adulación o un insulto? ¡Dilo, dilo claramente! Por supuesto, vosotros, los hombres, podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

ALEJ. ¿Quién te ha faltado?

JULIA ¡Tú! ¡Sí, sí, tú!

ALEJ. ¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí se me da un pitoche de la Simona, ni...

JULIA ¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita , o una gatita o una mona!

ALEJ. ¡Una mona; exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

JULIA Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

ALEJ. Veo, Julia, que vas tomando talento.

JULIA Todo se pega.

ALEJ. ¡Pero de mí, por supuesto, y no del michino ese!

JULIA ¡Claro que de tí!

ALEJ. Bueno, no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona?... Y en cuanto a ella, la doto y encantada.

JULIA ¡Claro, en teniendo dinero!

ALEJ. Y con esa dote se casa volando. Y si con ella le aporta ya al marido un hijo, saldrá todo un hombre si se parece a su padre.

JULIA (*Llorando.*) ¡Jesús! ¡Calla, calla! *(Enfureci-*

da.) ¡Tú qué vas a ser un hombre! ¡No, no eres un hombre! ¡No eres un hombre!

ALEJ. Yo creí que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar! ¿Que no soy un hombre?

JULIA ¡No y no! ¡No eres un hombre!

ALEJ. ¿Y por qué? Vamos a ver: ¿por qué no soy un hombre? Explícate.

JULIA Yo sé que no me quieres, lo veo bien claro; que no te importa nada de mí; que para ti no soy ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo más que por vanidad, por jactancia.

ALEJ. ¡Bueno, bueno; esas son novelerías! ¿Por qué no soy un hombre?

JULIA Yo sé que no me quieres.

ALEJ. ¡Dale! Ya te he dicho cien veces que eso de querer y no querer son bobadas.

JULIA Yo sé que no me quieres...

ALEJ. ¡Bueno! ¿Y qué más? ¿Por qué no soy un hombre? A ver, contesta a lo que te estoy preguntando: ¿por qué no soy un hombre?

JULIA Por todo eso que te he dicho...

ALEJ. Y por lo que te callas, ¿verdad?

JULIA Lo has adivinado.

ALEJ. Pues habla.

JULIA Adivínalo tú también.

ALEJ. Eso de las adivinanzas son cosas de juego y ahora te pregunto muy seriamente. ¿Por qué no soy un hombre?

JULIA ¡Ah! ¿pero crees tú seriamente que un hombre, que se jactara de serlo, consentiría quo, el conde, el michino ese, como tú le llamase entrase aquí a todas horas?

ALEJ. Quien lo consiente eres tú.

JULIA En mí está justificado. ¡Claro que lo consiento! ¿O qué crees, que sólo tú puedes ofender? ¿Que sólo tú, por ser tú, pueds

faltar? Pues estás muy equivocado. Ojo por ojo, diente por diente. ¡Claro que lo consiento!

ALEJ. ¡Ya, ya! ¡Ya lo veo!

JULIA ¡Claro que lo consiento! (*Pausa.*) Cuando no preguntas el por qué, es señal de que te lo supones.

ALEJ. Sí; porque quieres.

JULIA (*Desesperada al ver que no ha conseguido excitar a su marido.*) ¡Porque es mi amante! Ya lo has oído, mi amante. El michino ese es mi amante. ¡Mi amante, ya lo sabes! (*Un breve espacio quedan los dos frente a frente, ella desafiadora y él inmóvil, frío y sereno.*) ¿Y qué? ¿No me matas? ¿No me matas ahora, como a la otra?

ALEJ. (*Sin perder su serenidad ni entibiar el hielo de su mirada.*) Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino ese sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y, si sigues así, va a acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

JULIA ¿Loca? ¿Loca yo?

ALEJ. ¡De remate! ¡Llegar a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Como si mi mujer pudiese faltarme a mí! ¡A mí!... Alejandro Gómez no es ningún estúpido. Y no, no conseguirás lo que buscas; no conseguirás que yo te regale los oídos con palabras de novelas. ¡Mi casa no es un teatro! Ya lo sabes. ¡Yo no soy un estúpido!

JULIA ¡No! ¡Tú eres un cobarde! ¡Eso es lo que eres tú: un cobarde! ¡Ja, ja. ja! ¡Un hombre!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Un cobarde, eso; un cobarde!

ALEJ. (*Yéndose hacia el foro.*) Aquí va a haber que tomar medidas.

ESCENA IV

JULIA, ALEJANDRO, un CRIADO y DON ALBERTO

CRIA. (*Desde la puerta del foro.*) Don Alberto Robles. (*Don Alberto entra por el foro.*)

ALEJ. Llega usted con una gran oportunidad. (*Al criado.*) Dile al chófer que voy a salir en seguida. (*Mutis el criado.*) Como ha oído usted, voy a salir; pero vuelvo al momento. Le agradeceré que, entretanto, acompañe a Julia, que no está buena.

D. ALB. ¿Algo de cuidado?

ALEJ. Eso ya lo veremos luego. Espéreme; es un favor; vuelvo en seguida. (*Sale por el foro ante la sorpresa de don Alberto.*)

D. ALB. Me parece haber notado algo extraño en Alejandro.

JULIA Porque no le trata usted como yo. Lo extraño es un hábito en él.

D. ALB. Bien. Entonces, esto me huele a nublado conyugal. Por supuesto, ¿que eso de tu salud sería una ironía? (*Julia no responde.*) Muy preocupada te encuentro, Julia. ¿Supones a dónde ha ido Alejandro?

JULIA Puede que a dar los pasos para el divorcio.

D. ALB. ¡Arrea! Bueno, bueno, déjate de bromas. ¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

JULIA Tal vez algo muy gordo.

D. ALB. Ya me figuro que no será tanto.

JULIA ¡Claro, como usted no puede ponerse en mi lugar, le es fácil tratar este asunto con indiferencia!

D. ALB. Con imparcialidad, que es distinto.

JULIA Y juzgando imparcialmente, ¿cree usted que yo puedo tolerar con tranquilidad que él se enrede con la primera que encuentre?

D. ALB. ¡Vamos, ya apareció aquello! Conque, celitos, ¿eh?

JULIA No, señor, no; celos, no. ¡Pero si era la guardesa que teníamos en el campo! ¿Celos yo de eso? ¡Asco, don Alberto, asco! Si al menos se hubiera tratado de una mujer que valiera más que yo por algún concepto, tendría una justificación. Pero ofenderme con una *cosa* como aquella, es poner de manifiesto la estimación en que me tiene. Ya ve usted cómo al fin, y de qué manera, se han resuelto las dudas que me atormentaban. Además, ¿cree usted que él lo ha negado?

D. ALB. No me parece Alejandro a propósito para negar la verdad.

JULIA ¿Que se ha disculpado siquiera? Con un cinismo plebeyo y mortificante, todavía se complacía en vanagloriarse de su hazaña. ¿Cree usted que hay mujer que resista impasible una afrenta como esa? ¿Cree usted que eso no clama venganza?

D. ALB. ¿Y cuál ha sido la tuya?

JULIA La que él se merece.

D. ALB. Eso dependerá del juez que lo juzgue.

JULIA ¡Claro, ya le veo a usted poniéndose de su parte! Ustedes, los hombres, ¡qué bien se defienden unos a otros, y se protegen, y se justifican! Para la conducta de ustedes siempre hay una excusa; pero, cuando se trata de nosotras, la más leve sospecha...

D. ALB. Pues mira, Julia, ahora que viene a cuento; en eso sí que te falta razón. Si te quejaras de la tolerancia de tu marido, serías injusta.

JULIA A ver, a ver, que me interesa; ¿por qué dice usted eso?

D. ALB. No, no te alarmes. No es una acusación la que voy a lanzar sobre ti; pero por el afecto sincero que te profeso, te aseguro que otro hombre que no fuera Alejandro puede que

te hubiese llamado la atención sobre la conducta que observa el conde de Bordaviella en esta casa.

JULIA ¿Lo ve usted? Me alegro, me alegro que opine usted así. Ahí quería yo ir a parar. ¿Y eso? ¿Qué me dice usted de eso? Otro hombre que no fuera Alejandro. ¡Claro, otro hombre que le importase algo de su mujer! ¡Claro, claro, usted me está dando ahora mismo la razón! ¡Usted...! *(La interrumpe la llegada de Alejandro y sus acompañantes.)*

ESCENA V

JULIA, DON ALBERTO, y por el foro ALEJANDRO, el DOCTOR SUAREZ y BORDAVIELLA

ALEJ. (*A don Alberto.*) No dirá usted que he tardado. (*Don Alberto y el doctor Suárez se saludan afectuosamente.*) ¿Se conocían ustedes? Entonces me ahorro esta presentación. (*En este momento los personajes estan colocados de la manera siguiente: Julia, sentada en primer término, de la derecha, sin poner atención a los que llegan; don Alberto, a su lado; luego, en dirección hacia el foro, el doctor Suárez, y detrás de él, casi oculto, Bordaviella, cabizbajo y azorado. Alejandro se mueve por la izquierda.*) Mira, Julia, este señor es el doctor Suárez que tiene una magnífica casa de salud a dos pasos de Madrid, y que viene, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. (*Don Alberto hace un gesto de sorpresa.*) Tú no estás bien, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

D. ALB. Pero, Alejandro... (*Alejandro le hace enmudecer con una mirada terrible.*)

ALEJ. Ha dado en la manía de decir que este señor es su amante.

JULIA ¡Sí, es mi amante! (*Don Alberto detiene a Julia, que está excitadísima.*)

D. ALB. Pero ¿qué dices, Julia? ¿Qué es eso?

ALEJ. ¿Lo ven ustedes?

JULIA ¡Sí, mi amante! Y si no que lo diga él. (*Este diálogo, violento y precipitado.*)

ALEJ. Ya ve usted, señor conde, cómo persiste en su manía. Porque usted no ha tenido, no ha podido tener ningún género de esas relaciones con mi mujer...

BORD. (*Casi temblando.*) ¡Claro que no!

ALEJ. ¿Lo están ustedes viendo?

JULIA (*Excítadísima.*) Pero ¿cómo se atreve a negar?...

BORD. Repórtese, señora, y vuelva en sí...

JULIA ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, y por miedo, nada más que por miedo, no te atreves a decir la verdad!

D. ALB. ¡Julia, por Dios! (*Se la lleva con grandes esfuerzos.*)

JULIA ¡Sí, sí, es un cobarde! (*Mutis Julia.*)

ALEJ. ¿Lo ven ustedes, señores? Loca; la pobre está loca. (*A don Alberto.*) Ahora haga usted el favor de acompañarla, con el doctor, a su gabinete, y allí completan su reconocimiento: el doctor Suárez, como facultativo por mi parte, y usted, por la de ella, para que se vea que no hay parcialidad. Y no tengo más que decirles. (*A Bordaviella.*) Con que ya lo sabe usted, señor Conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella la tapa de los sesos.

BORD. (*Marchando hacia el foro acompañado de Alejandro.*) Lo que tengo que hacer es pa-

garle lo que le debo para no tener más cuentas con usted.

ALEJ. No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Con que quedamos en que mi mujer está loca de remate y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo conmigo! *(Se mete una mano en el bolsillo del pantalón y deja ver la culata de una pistola, mientras acompaña a salir a Bardoviella, y hace mutis con él.)*

ESCENA VI

DON ALBERTO y el DOCTOR SUAREZ; luego ALEJANDRO. por el foro

D. ALB. Supongo que usted habrá comprendido todo lo que pasa.

Dr. SUAR. Perfectamente, sí, señor, perfectamente. ¿Y qué hacemos, señor Robles?

D. ALB. ¿Qué vamos a hacer sino lo que él quiere? Porque, de otro modo, ya le ha oído usted, y ese hombre hace lo que dice, no le quepa duda.

Dr. SUAR. Pero ¿y la conciencia profesional?

D. ALB. La conciencia consiste aquí en evitar un crimen mayor. Además, ella está enferma de excitación, y necesita reposo, tranquilidad, y... salir de aquí por ahora...

ALEJ. *(Aparece por el foro y se dirige a don Alberto.)* Usted es un verdadero amigo, don Alberto; un verdadero amigo, ya lo veo. Ahora voy a ir con el doctor para ver la instalación y preparar lo necesario. Le estimaré mucho que hoy se quede a cenar en esta su casa y así estará al cuidado de mi pobre mujer hasta que yo regrese. Ya he dado orden de que no se recibe a nadie. ¿Puede usted complacerme?

D. ALB. En todo lo que de mí dependa.

ALEJ. No olvidaré nunca el favor que hoy me hace. Usted es un buen amigo, don Alberto. (*Al doctor Súárez.*) Cuando guste.

Dr. SUAR. Vamos. (*A don Alberto, dándole la mano.*) Espero no tardar en verle.

D. ALB. No, señor, no.

Dr. SUAR. (*A Alejandro.*) A sus órdenes. (*Se dirigen hacia el foro el doctor Suárez y Alejandro, y, cuando ya van a desaparecer, vuelve Alejandro, y dándole las dos manos muy efusivamente a don Alberto, le repite:*)

ALEJ. ¡Un buen amigo, sí, señor! (*Mutis por el foro Alejandro y el doctor Suárez.*)

ESCENA ULTIMA

DON ALBERTO y JULIA, que sale por la derecha; descompuesta y nerviosa

D. ALB. ¡Julia! ¡Julia!

JULIA ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Quiero ver a mi hijo! (*Hace sonar una vez el timbre de una pared, y luego dos veces el de otra, y asoman por el foro el criado y por la izquierda una doncella.*) A la doncella: el niño, ¡que me traigan el niño! (*Mutis el criado.*) A la miss: el niño, ¡que me traigan el niño en seguida! (*Mutis la doncella.*)

D. ALB. Calma, Julia, calma. Serenidad, que si no vas a volverte de verdad loca.

JULIA ¿Pero no lo estaré ya? ¡Cobarde, sí, cobarde! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que mi marido tomase esta resolución! ¿Y él, Alejandro, por qué no nos mató?

D. ALB. ¡Esta es más terrible venganza!... Ya lo viste, temblaba ante tu marido.

JULIA ¡Ah, es que mi marido es un hombre!... ¿Y si es un hombre, por qué no nos mató, digo

yo?... ¿Por qué no me mató? No lo comprendo. ¡Otelo me habría matado!

D. ALB. Pero Alejandro no es Otelo. Otelo era un moro impetuoso, pero poco inteligente, y Alejandro...

JUL. Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no ha necesitado matar a su primera mujer, la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él.., ¿Pero, y el nino? ¿Y mi hijo? ¡Si pudiera sacarle toda la sangre de su padre!...! ¡Porque es su padre!.., ¡Y el niño le quiere, don Alberto! ¡Le quiere a él, a Alejandro!

ALB. ¡Y tú, Julia, y tú también le quieres!

JUL. ¡Y yo! ¡Sí, y yo! Le quiero locamente, como usted no puede figurarse, como el no puede comprender. Y es que él no me ha comprado, no; me ha conquistado. Ahora lo veo claramente: me ha conquistado... ¿Pero, y él? ¿Me quiere a mí, o no me quiere, Dios mío?

ALB, ¡Siempre el mismo tema! ¡Siempre la misma duda!

TELON

JORNADA CUARTA

La misma deeoración que en la jornada anterior

ESCENA PRIMERA

(*Alejandro en la puerta del foro entregandole al Criado una carta. Don Alberto y el dnctor Suarez le aguardan sentados.*

ALB. (*Al Criado.*) Qne lleven esta carta en seguida. (*Mutis el Criado.*) ¿De modo que mi mujer ha venido ya?

ALB. Sí, señor, ya está aquí. ¡Con qué anhelo, con qué impaciencia esperaba! Entonces comprendí la razón que usted tuvo al decirme que era mejor pue fuera yo sólo. Estaba demasiado excitada para recibir la impresión de la presencia de usted en aquella casa.

ALEJ. Bueno, ¿pero, ha venido bien? ¿Completamente bien?

SUAR. Le diré a usted...

ALEJ. ¿Qué?

ALB. No, no se alarme. De las alucinaciones, a que usted se refiere, está completamente, absolutamente curada. (*Al doctor Izquierdo que hace un signo afirmativo.*) ¿No es así?

SUAR. Así es; ahora que, debido al quebranto natural de un organismo débil que ha sufrido lo que el de ella, se han notado ciertos sin-

tomillas nerviosos, a que las mujeres son especialmente propensas, pero que es de esperar se corrijan de ahora en adelante con la tranquilidad moral, el reposo físico, etc.

ALB. De eso me encargo yo. Ya todo se ha desarrollado normalmente: y ahí dentro está con su hijito, supongo que con la natural impaciencia por verle a usted, Alejandro.

SUAR. Figúrense. (*A Alejandro.*) Así, pues, si usted no necesita otra cosa de mí, una vez cumplida satisfactoriamente mi misión acepte mi enhorabuena y permítame que me retire.

ALB. Y yo también me marcho. Julia estará ya inquieta y estas son escenas para la intimidad.

ALEJ. No, esperen; se lo ruego a ustedes. Precisamente tengo decidido empeño en que nos acompañe alguien en esta primera entrevista. (*Llama al timbre, aparace un críado y le dice;)* A la señora, que la esperamos, que puede venir cuando quiera. (*Mutis del Criado.)* Ustedes saben bien cómo son las mujeres y yo sé mejor cómo es la mía. Estando ustedes delante, ella reprimirá sus nervios y se impresionará menos. Ya que acaban de decirme que eso la conviene, empecemos a poner en práctica sus consejos.

SUAR. No hay inconveniente, con mucho gusto.

ALB. Puede que sea mejor, sí, señor, puede.

ALEJ. Luego habrá tiempo para todo.

ESCENA II

Los mismos y JULIA. Luego BORDAVIELLA y un CRIADO

(*Julia por la izqnierda entra precipitadamente y se detiene en seco al ver a don Alberto y al doctor Suarez.*)

ALEJ. (*Situado al extremo de la derecha.*) ¡Julia! ¿qué te pasa?

JUL. No, nada. Es que creí que estabas solo.

ALEJ. Y tú, ¿cómo estás?

JUL. Bien; ya estoy bien.

ALEJ. (*Yendo hacia ella y mirándola fijamente.*) ¿Pero bien del todo?

JUL. (*Comprendiendo lo que quiere decirle su marido.*) Bien del todo. (*Se abrazan.*)

ALEJ. (*Separándose.*) Bueno, bueno; no te emociones, no vayamos hacia atrás. Lo principal es qne estés curada y, siendo así, démoslo todo por bien empleado.

JUL. ¡Gracias a tí, Alejaudro! ¡Gracias a ti!

ALEJ. ¿A mí? ¿Gracias a mí? Al doctor, querrás decir, mujer; al doctor.

ALB. Julia quiere decir que gracias a usted, que advirtió a tiempo la enfermedad, y, claro, luego al señor Suarez, que ha puesto un verdadero interés en su tratamiento.

JUL. ¡Oh, sí, ya lo creo! Las ganas que tenía, Alejandro, las ganas que tenía de verme otra vez aquí.

ALEJ. Pues, ya lo ves, todo llega.

JUL. ¡Los días que he pasado! ¡Las noches!... Sobre todo las noches... ¡Aquellas noches tan largas..., tan largas.

ALB. ¡Vaya! ¿A qué recordar ahora esas cosas?

ALEJ. Hazte cuenta que lo has soñado.

CRIADO (*Anuncia desde el foro y espera.*) El señor conde de Bordaviella.

(D*on Alberto, el doctor Suarez, y especialmente Julia, hacen un gesto de sorpresa.*)

JUL. ¿El conde de Bordaviella?

ALEJ. Sí, mujer; el conde de Bordaviella. ¿No te acuerdas? Nuestro buen amigo el conde de Bordaviella que viene a requerimiento mío. Le he enviado una carta diciéndole lo que

era de rigor; que como volvías completamente curada y recordabas que en la época de tu delirio le habías ofendido gravemente aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de l s que él, un perfecto caballero, es absolutamente incapaz, le rogabas por mi conducto que viniese inmediatamente para darle las explicaciones que aun caballero, como él, se le deben... Y creo que le añadía algunas palabras más recomendándole, por mi parte, la conveniencia de que no faltara. (*Dirijiéndose al Criado,*) Sí, sí; que pase en seguida. (*Mutis Criado.)*

D. ALB. Será ahora también necesaria nuestra presencia, ¿verdad?

ALEJ. (*Sonriendo.)* No, muchas gracias.

D. ALB. (*Despidiéndose.*) Entonces...

ALEJ. ¿Me perdonarán el que no les acompañe hasta la puerta?

Dr. SUAR. No se moleste.

D. ALB. No faltaba más. Hasta mañana, Julia. (*La mira significativamente.*)

JULIA *(Por lo bajo.*) Vaya usted tranquilo. Lecciones como esta no se olvidan jamás. (*Entra Bordaviella por el foro, al tiempo que salen don Alberto y el doctor Suárez, y entre los tres se cambia un ceremonioso saludo.*)

ESCENA III

JULIA, ALEJANDRO y BORDAVIELLA, grave y azorado.

ALEJ. ¡Señor conde!

JULIA ¡Conde!

ALEJ. ¡Cuánto celebro que con el restablecimiento total de la salud de mi mujer se restablezcan las buenas amistades de mi casa! Pero,

siéntese, señor conde. (*Bordaviella va a sentarse a un extremo y Alejandro le conduce junto a la mesita del te.*) No, aquí. Julia, ponle una silla aquí al señor conde, mujer, no le tengas así...

JULIA ¡Por Dios, perdone!

ALEJ. Que hoy nos va a honrar tomando te con nosotros. (*Llama al timbre y sale el criado por la izquierda.*)

BORD. (*Asustado.*) ¿Te?

ALEJ. Sí, señor conde. (*Al criado.*) Trae el te. (*El criado desaparece y vuelve con el servicio de te, brioches, etc., que coloca en la mesa.*) El te va muy bien con las satisfacciones entre caballeros. (*Al criado.*) Aquí una taza para mí...; aquí, otra para la señora...; aquí, otra para el señor conde. Así, muy bien. Ahora retírate. (*Mutis el criado por la izquierda.*) Pero acérquese más, señor conde... Vamos, siéntese con comodidad que está usted entre amigos... Sírvase... (*Bordaviella permanece azorado.*) No crea usted, que aunque esto en mis tiempos no se tomaba más que cuando a uno le dolían las tripas, no por eso dejo de saber apreciar lo bueno. Huela, huela usted... Lo mejor que se importa a España.

BORD. Sí, sí; ya veo...

ALEJ. ¡No, si hay que oler! Levante la tapadera... ¡Sin cumplidos! Sírvenos, Julia. (*Julia echa el te en la taza de Bordaviella y Alejandro la coge y se la pono para él, colocando la suya vacía. Vuelve Julia a llenarla y Alejandro se la pone a Julia de modo que sea Bordaviella el último que queda servido. Y así con el azúcar.*) ¿Pero no toma usted un *broche* de éstos?

JULIA *Brioche*, Alejandro.

ALEJ. ¡Qué más da! Vamos, Julia; sírvele al...

BORD. (*Impidiéndolo.*) Se lo agradezco.

JULIA ¿Una pasta?

ALEJ. Sí, una pastita.

BORD. Perdonen, se lo ruego...

ALEJ. Bien, bien, como usted quiera. Ya ve usted que hay de sobra; en fin, yo no quiero forzar a nadie. (*Pausa.*) Pero noto que está usted muy callado, como si no nos hubiésemos tratado nunca, como si no nos conociésemos.

BORD. Es que yo... he venido...; claro, ya sabe usted, por...

ALEJ. Bueno, señor conde; ya sé, ya sé. Pues, como le decía en mi carta, y usted está viendo ahora, mi mujer ha vuelto a casa completamente curada, y como es natural, quiere darle unas explicaciones respecto... En fin, ahora la oirá usted. Julia, puedes empezar cuando quieras.

JULIA Efectivamente. He hecho que mi marido le llamase, conde, porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

BORD. ¿A mí, Julia?

JULIA Conde; ese tratamiento, dada la intachable corrección de usted...

BORD. Perdone, perdone. No fué mi propósito, se lo aseguro...

ALEJ. Ya está bien. Con esa excusa, basta. Sigue, Julia.

JULIA Pues sí; ofendí a usted gravemente. Cuando me puse loca, loca de amor por mi marido, buscando a toda costa asegurarme de si él me quería o no, quise tomarle a usted de pretexto para excitar sus celos, y en mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido... Y esto fué un embuste, y habría

sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado, como estaba, loca. ¿No es así, conde?

BORD. Sí; así es... señora de Gómez.

ALEJ. Señora de Gómez. ¡Muy bien! Sigue, Julia.

JULIA Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted...

ALEJ. Acción villana e infame, indigna de un caballero. ¡Muy bien, muy bien! Sigue.

JULIA Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atencióa a mi estado de entonces, yo quiero, sin embargo, que usted me perdone. Sí, señor; quiero que usted me perdone... ¿Me perdona?

BORD. Sí, sí; le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo.

ALEJ. ¿A ustedes?... A mí no me tiene usted nada que perdonar.

BORD. Sí, es verdad; es verdad.

ALEJ. Bueno, cálmese, que le veo a usted agitado. Tome otra taza de te. Vamos, Julia, sírvele otra taza de te al señor conde.

BORD. No, no, señor; gracias..., no, señor.

ALEJ. ¿Quiere tila, mejor?... ¿No? Bueno, de modo que quedamos en que usted perdona a mi mujer de aquella grave ofensa que le infirió involuntariamente, ¿no es eso?

BORD. ¿Cómo no? Sí, sí; ¡perdonada, perdonada, ya lo creo. Y si no desea otra cosa... (*Intentando levantarse.*)

ALEJ. (*Deteuiéndole.*) Calma, señor conde. Está usted impaciente, intranquilo. Cualquiera diría que no ve el momento de marcharse..:

BOR. ¡No, no! Pero un asunro urgente me reclama, precisamente... (*Mirando el reloj.*)

ALEJ. Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted la ha perdonado

su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Despues de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpieramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya completamen e curada, no corre usted peligro alguno en venir acá, Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, voy a buscar unos tabacos con que obsequiarle...

BOR. (*Muy inquieto.*) No, de verdad, no se moleste; por mí no...

ALEJ. ¡Pichs!.. Como pretexto para dejarles a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreve a decir delante de mí, o que yo no deba oir por delicadeza. (*Cierra todas las puertas.*) En seguida vuelvo. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA IV

JULIA y BORDAVIELLA

BOR. ¡Qué hombre!

JUL. ¡Ya lo creo! (*Quedan silenciosos. Bordaviella mira con recelo a todas partes.*) ¡No, no mire usted así; no conoce usted a mi marido. Alejandro no está detrás de ninguna puerta espiando lo que digamos.

BOR. ¡Qué se yo! Hasta es capaz de traer testigos.

JUL. ¿Por qué dice usted eso?

BOR. ¿Es que cree usted que no me acuerdo de aquella terrible escena en que delante del doctor Suarez y del señor Robles me humilló cuanto más se puede humillar a un hombre y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

JUL. Y así era la verdad, porque si no hubiera

estado yo entonces loca, no hubiese dicho, lo que dije.

BOR. Pero...

JUL. Loca, ya lo sabe usted; rematadamente loca.

BOR. Bueno... mire usted, señora a quien van ustes a volver loco, entre su marido y usted, es a mí..,

JUL. ¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil.

ESCENA V

Los mismos y ALEJANDRO.

ALEJ. (*Con una caja de cigarros habanos.*) Señor conde...

BOR. (*Rechazando el cigarro que Alejandro le ofrece.*) Si no la toma a desaire...

ALEJ. Le advierto que es cosa buena; la flor de Vuelta Abajo.

BOR. Sí, sí... Es que ando ahora mal de la boca y no...

ALEJ. ¡Ah! Eso es otra cosa; no insisto. Lo primero; cuidado con la boca sí, señor; mucho cuidado con ella. Pero ¿por qué se ha levantado? Siéntese usted, señor conde, siéntese.

BOR. Es que estaba esperándole para despedirme...

ALEJ. ¿Tan pronto?

BOR. Si usted no necesita más de mí...; ya le dije antes que tenía...

ALEJ. No tienc usted que darme más explicaciones. Usted obre con entera libertad, ¡no faltaba otra cosa!

BOR. (*Despidiándose.*) Pues con su permiso. Señora... (*Hace una reverencia, pero Julia le alarga la mano.*)

JUL. Señor conde, ya sabe con cuánto gusto se le recibe en esta casa.

ALEJ. *(Dándole la mano.)* Muy bien, muy bien; con cuánto gusto... *(Sale Bordaviella con Alefandro, que vuelve en seguida.)*

ESCENA ULTIMA

JULIA y ALEJANDRO, ella pensativa sentada junto a la mesa; él entra lentamente. Entre los dos se observa el embarazo de un silencio que ninguno sabe cómo romper, y ella se escuda en su actitud y él enciende un tabaco de los que acaba de sacar.

ALEJ. Muy bien. Has estado muy bien y has hablado muy cuerdamente.

JULIA ¡Alejandro! *(Inquieta y nerviosa, se levanta va hacia él y se detiene sin atreverse.)*

ALEJ. *(Mirándola fijamente.)* ¿Qué?

JULIA ¡Alejandro!...

ALEJ. ¿Pero qué? Parece que estás cohibida, cortada... Estás en tu casa: estás con tu marído. Vamos, di, ¿qué?

JULIA *(En un arranque decidido corre hacia él y se echa a sus pies.)* ¡Perdóname, Alejandro! Perdóname!

ALEJ. *(Levántándola rápidamente y emocionado a su pesar.)* ¿Pero qué haces, mujer? ¡Levántate!

JULIA ¡Perdóname! ¡Perdóname, por Dios, por nuestro hijo, por lo que más quieras, perdóname!...

ALEJ. ¿Pero de qué?...

JULIA ¡Por lo mucho que he sufrido, siquiera perdóname, Alejandro!

ALEJ. ¿Pero de qué he de perdonarte yo? ¡Si me han dicho que estás ya curada..., que se te habían quitado las alucinaciones! *(Cogiéndola la cara y obligándole a mirarle.)* ¿Es verdad o no?

JULIA Es verdad, Alejandro, tienes razón. *(Le echa los brazos al cuello, que él no rechaza.)* Por darte celos, nada más que por darte celos,

inventé en mala hora aquellas cosas terribles y descabelladas. Todo fué mentira. ¡Faltarte yo! ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿A ti? ¡Cómo iba a faltarte yo! Pero dime, necesito que me lo digas de verdad, de corazón, como tú seas, seas como seas, pero que te salga del alma; dime, Alejandro: ¿me crees ahora? (*Pausa.*)

ALEJ. Una vez, Julia, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a...

JULIA (*Tapándole la boca con la mano.*) ¡Calla! ¡No me los recuerdes!

ALEJ. (*Apartándole suavemente la mano.*) Me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y, por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Te acuerdas, verdad?

JULIA ¡Pero no me lo recuerdes tú!

ALEJ. ¿Y te acuerdas también de lo que tú me respondiste?

JULIA ¡Que no, que no lo creía, que no podía creerlo!

ALEJ. Pues eso te digo yo ahora, que no creí nunca, que no pude creer nunca que tú te hubieses entregado al mentecato ese. Que no creí, que no pude creer, que no pude ni sospechar siquiera, que tú hubieses dejado de ser mía ni un momento. ¿Te basta?

JULIA ¡No, no, ni un momento! (*Sufre un desvanecimiento y Alejandro la sostiene en sus brazos.*) ¡Ni un momento, Alejandro!

ALEJ. ¿Qué es esto?... ¡Julia!... ¡Julia!... ¿Qué te pasa?

JULIA (*Reanimándose.*) Nada, no es nada... Un mareo... Un poco de mareo... Pero ya va pasando... Ya, ya pasó...

ALEJ. ¿Estás ya bien? ¿Necesitas algo?

JULIA No, nada. (*Alejandro, emocionado, aunque ocultándolo, se sienta junto a la mesa y*

arregla un tabaco para encenderlo. Julia se le acerca despacio y se arrodilla junto a él poco a poco, según va hablando.)

JULIA Oyeme, Alejandro: si yo estuviera muy enferma, que me estuviera muriendo, y mi salvación estuviera en tu mano, ¿me la darías?

ALEJ. ¡Qué cosas dices! ¿A qué viene todo eso?

JULIA Pero di: yo me estaba muriendo, muriendo, y tú podías salvarme: ¿me salvarías?

ALEJ. ¡Naturalmente!

JTLIA Pues hazte cuenta que así estoy y que tú puedes salvarme con una palabra.

ALEJ. ¡Pero cuánto rodeo! Vamos, di lo que sea ya de una vez.

JULIA No, no lo digo sin antes prometerme que me has de contestar a lo que necesito preguntarte, a lo que necesito saber. ¿Me lo prometes?

ALEJ. Prometido.

JULIA (*Abrazándole y junto al oído.*) ¿Y ahora, Alejandro, dime: me quieres? *(Alejandro quiere, pero no puede, ocultar una intensa emoción que le domina.)* ¡Dímelo! ¿Me quieres? (*Y a los ojos del hombre asoman dos lágrimas que intenta ocultar. Luchan un momento, él por disimular esas lágrimas y ella por descubrirlas. Al fin vence ella y le llena de besos los ojos.*) ¿Me quieres?

ALEJ. (*En una explosión de afecto.*) ¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma y con toda la sangre y con todas las entrañas; más que a todo lo del mundo, más que a mí mismo!

JULIA ¡Alejandro!

ALEJ. (*Con brusca transición.*) Bueno, pero esto no ha pasado. ¿Lo oyes? (*Levantándose.*) ¡Guárdatelo y como si no lo hubieras oído!

TELON

JORNADA QUINTA

Gabinete lujoso con puertas laterales y otra grande en el foro, oculta por un portier practicable por el centro. Entre los muebles de este gabinete, hay un secreter a la derecha. La acción acontece en las últimas horas de la tarde, cuando ya se hace precisa la luz artificial.

ESCENA PRIMERA

MARGOT y la MARQUESA, con trajes de calle; luego DON ALBERTO

MARQ. ¡Pobre Julia!

MARG. ¡Pobrecilla!

MARQ. ¡Es que parece increíble!

MARG. ¡Qué sabemos lo que habrá sufrido la pobre con... ese salvaje a su lado!

MARQ. Por Dios, mujer, no digas eso. Bien apenado se le ve a él, apesar de su carácter.

MARG. ¡Ahora!

MARQ. No, hija, no; no hay que echarle la culpa a nadie... Di que cuando la desgracia le viene a una derechamente, se acabó. ¡Qué lástimá! ¡Tan joven, tan guapa!

MARG. ¡Y tan rica!

MARQ. Pues ya lo ves de qué sirve todo esto cuando le llega a una la hora. (*A don Alberto, què aparece por la derecha.*) ¿Qué, señor Robles, qué dicen esos médicos?

D. ALB. Nada que pueda ser una esperanza.

MARG. ¡Qué horror!

MARQ. ¿De modo que la ciencia cree que esto es un caso desesperado?

D. ALB. La ciencia, señora Marquesa, todos lo saben, influye hasta un límite, y el estado de la pobre Julia está ya fuera de los límites de esa influencia.

MARQ. Parece imposible. ¡Es atroz! Y diga, ¿no habrá esperanza?

D. ALB. No hay que hacerse ilusiones; al estado a que hemos llegado, si es que hay que esperar algo, no será mucho.

MARQ. ¡Jesús, Jesus!

MARG. ¡Pobre muchacha!

MARQ. Diga usted: ¿y el niño?

D. ALB. De eso tengo que hablar con Alejandro en seguida. El niño no puede permanecer aquí.

MARQ. Dígale que para eso, y para todo, mi casa está a su disposición.

D. ALB. Se lo haré presente. (*Un reloj da una campanada.*)

MARQ. Y nos vamos, señor Robles, porque aquí el que no puede hacer nada de provecho, más bien estorba.

MARG. Antes de volver a casa subiremos otra vez.

MARQ. Sí, señor, sí. A ver si Dios quisiera...

D. ALB. Lo dudo. (*Se dan la mano despidiéndose y ellas se oponen a que las acompañe fuera del gabinete.*)

MARQ. No, no; vaya usted a su lado.

MARG. La doncella nos acompañará.

D. ALB. Como ustedes quieren. Hasta luego, pues. (*Mutis Marquesa y Margot por la izquierda.*)

ESCENA II

DON ALBERTO y ALEJANDRO, que aparece por entre el portier del foro, en actitud nerviosa, que a veces llega al enfurecimiento.

ALEJ. ¿Qué dijeron esos médicos?

D. ALB. Nada mejor que yo .

ALEJ. Pero, ¡hombre! ¡Parece que están los papeles cambiados! ¡Parece que yo sea el médico, el encargado de dar alientos, esperanzas!

D. ALB. ¿Es que quiere usted que se le engañe?

ALEJ. ¿A mí? ¿Engañarme a mí? ¡A mí no hay quien me engañe!

D. ALB. Pues entonces no le queda otro camino que aceptar la realidad.

ALEJ. ¿Y cuál es?

D. ALB. Que no hay remedio.

ALEJ. ¿Que no hay remedio? Vamos, hombre, no me diga usted a mí eso. ¿No va a ver remedio con lo que la ciencia ha adelantado?

D. ALB. Imposible.

ALEJ. ¡Imposible! Eso no es más que una palabra. No hay nada imposible cuando se lo propone uno de verdad. Si estos médicos no aciertan con el modo de curarla, otros habrá más sabios fuera de aquí. En los Estados Unidos creo que los hay capaces de resucitar a los muertos. A ver, ¿qué se tardaría en un bicho de esos que van por el aire en ir allá y volver con un médico de estos?

D. ALB. ¡Imposible, imposible!

ALEJ. ¡Hay que salvarla sea como sea! ¡Toda mi fortuna, fíjese bien, todos mis millones, por ella! ¡Hasta el último clavo de mi casa por su vida!

D. ALB. Imposible, desgraciadamente.

ALEJ. Y además, mi vida, también mi vida a cam-

	bio de la suya... ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre?
D. ALB.	Es inútil.
ALEJ.	¡Eso ya se verá! ¡A probarlo!
D. ALB.	Calma, Alejandro, no se altere usted así...
ALEJ.	Andando, no esperemos más. Sáqueme toda la sangre, si es necesario, para ella.
D. ALB.	No se obstine, Alejandro. Humanamente es imposible. Ya sólo Dios puede salvarla.
ALEJ.	¡Dios! (*Con solemne y profunda emoción.*) Así dice ella: que sólo Dios puede salvarla... (*Pausa.*) ¡Nunca pensé en El!
D. ALB.	Pues en momentos como este hay que pensar...
ALEJ.	Pero ¿dónde está Dios, don Alberto?
D. ALB.	(*Levantando los ojos.*) En todas partes.
ALEJ.	(*Con los ojos y los brazos hacia arriba.*) ¡Sálvamela, sálvamela, y llévatelo todo: mi fortuna, mi vida, todo!
D. ALB.	¡Y la pobre Julia que dudó de que usted la quisiera!
ALEJ.	¡Y no, no la quería, no la quería! Eso de querer, se lo he dicho muchas veces, son tonterías de libros. ¡Amor..., amor! Y esos miserables, cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres... No, no la quiero, no; la... (*Rompiendo en sollozos.*) ¡No hay palabras!
D. ALB.	¡Alejandro!
ALEJ.	Y no se morirá, ¿oye usted? No quiero yo que se muera.
D. ALB.	Y, sin embargo, Alejandro, puede morirse.
ALEJ.	¡Y yo con ella!
D. ALB.	Vamos, vamos, no sea usted loco.
ALEJ.	Sí, tiene razón, loco; yo soy el loco, yo el que estuve siempre loco, loco por ella.
D. ALB.	Calma, Alejandro. Serénese usted y vamos a tratar las cosas razonablemente. ¿Cómo la ha dejado ahora?

ALEJ. (*Más sereno.*) Parece que quedó tranquila después de pasarle el ataque. A mí no hay quien me quite de la cabeza que si pudiese estar así, tranquila, reposada, estaba salvada la situación.

D. ALB. ¿Quiere usted que entremos?

ALEJ. Vamos. Verá usted. (*Pasan los dos por entre el portier del foro, que queda cerrado tras ellos. A poco se oye la voz de Alejandro, que, desgarradamente, exclama:*) ¡Julia!... ¡Julia! (*Queda todo un momento en silencio, después del cual salen de la alcoba don Alberto, llevando del brazo a Alejandro, y éste con el semblante demudado.*)

D. ALB. ¡Valor, Alejandro, valor!

ALEJ. Pero ¿está usted seguro?

D. ALB. Desgraciadamente...

ALEJ. Pero ¿está usted seguro de que ya no está ahí, de que ya no está ahí mi mujer? ¿Que eso ya no es ella ni es nada?

D. ALB. Estaba bien previsto. Tenía que ser así... ¡y fué!

ALEJ. (*Enfurecido.*) Pero ¿quién, quién se la ha llevado?

D. ALB. Ya lo ve usted: la muerte.

ALEJ. ¿Y usted cree que es posible que a mí, ¡a mí!, me quite nadie lo que es mío?

D. ALB. Contra la muerte nada puede la voluntad humana, aunque sea tan fuerte como la de usted.

ALEJ. ¡La muerte! ¿Y crée ustéd que ese espantajo es capáz de vencerme a mí? ¿A mí? Tampoco usted me conoce todavía. Usted no sabe que ella y yo nos hemos visto las caras más de una vez allá, en las tierras lejanas en donde yo, a puño y paso a paso, fuí construyendo mi voluntad y mi foruna. Usted no sabe que más de una vez nos he-

mos encontrado y nos hemos gruñido como fieras rabiosas; y siempre fué ella la que tuvo que ceder y dejarme el paso franco. Y entonces sólo defendía yo un trozo de mi vida! ¿Iba a vencerme ahora, en que es toda mi vida la que ventilamos? ¡Usted no me conoce aún! ¿Que sale al paso la muerte para separarme de mi mujer? ¡Pues se le pega una patada a la muerte y se salta por encima de ella... ¡A mí no hay quien pueda separarme de mi mujer!

D. ALB. Tranquilícese, Alejandro. Para los hombres se han hecho estos golpes tan rudos, y usted es un hombre de verdad.

ALEJ. ¡Todo un hombre! No lo dude usted. (*Desde este momento cambia su entonación y ahora es ya serena y fría.*) Hágame el favor de disponer lo necesario en casos como este, porque yo no sé por dónde se empieza.

D. ALB. Yo me ocuparé de eso, descuide usted. (*Mutis don Alberto por la izquierda.*)

ESCENA III

ALEJANDRO solo

(*Frío y sereno se dirige al secreter, se sienta, abre los cajones y de ellos saca varios papeles, que reúne y guarda en uno solo. De otro cajón saca una pistola y un cargador; examina el arma, la carga y la guarda en un bolsillo. Después escribe unas líneas en un pliego de cartas, le mete en el sobre y escribe la dirección y la deja allí encima. Se levanta y se dirige hacia la alcoba de su mujer; pero antes de llegar vuelve junto al secreter, saca la pistola del bolsillo y la mete en el cajón de los papeles.*

Vuelve hacia la alcoba y desaparece tras el portier. La escena queda un momento sola.)

ESCENA ULTIMA

DON ALBERTO, la MARQUESA y MARGOT, por la izquierda.

MARG. A mí me cuesta trabajo creerlo.

MARQ. Y a mí.

D. ALB. Pues ya lo ven ustedes.

MARG. Ahora, de quien me da mucha pena es de ese niño.

MARQ. Pena de los que se van, que los que se quedan...

MARG. Sí; pero hay que ver las amenazas que desde ahora le rodean.

MARQ. Es sensible...

D. ALB. Muy sensible.

MARQ. Ya lo creo, pero peor quedan otros. Este niño, al cabo, queda amparado por buenos millones.

MARG. Pues por eso, por eso. Por mucha pena que sientan los hombres que enviudan, ya vemos todos los días que el tiempo se encarga de calmarla y otras mujeres de consolarles; sobre todo cuando hay...

D. ALB. (*Cortando bruscamente esta conversación.*) Si a ustedes les parece, puesto que éste es su deseo, pasaremos. Alejandro debe de estar ahí con la pobre...

MARQ. Sí, sí; entremos.

(*Don Alberto, seguido de las dos señoras, levanta el portier para darlas paso y hace un gesto de extrañeza que empuja a la Marquesa y a Margot a ver qué ocurre en el interior, y mientras él desaparece un instante para volver a escena en seguida, ellas*

lanzan un grito de terror y se apartan de allí.)

MARQ. ¡Ese hombre, ese hombre!

MARG. ¡Es increíble, increíble! ¡Qué atrocidad! ¡Está ensangrentado!

D. ALB. (*Saliendo por entre el portier, que queda completamente unido sin dejar ver nada de lo que sucede dentro.*) ¡Ensangrentado y desangrado!

MARQ. ¿Muerto?

D. ALB. ¡Muerto!

MARQ. ¡Cosa más extraña!

MARG. ¡Increíble!

D. ALB. ¡Muerto por amor a su mujer, a su mujer propia! ¿Les parece a ustedes increíble esto, verdad?

MARQ. ¿Pero quién era ese Alejandro Gómez?

D. ALB. Ya lo han visto ustedes: un hombre... ¡Nada menos que todo un hombre!

TELON

FIN DE LA OBRA

NOTA.—Si a algunas Compañías, por motivos razonables, les conviniese no cambiar el decorado de la última jornada, pueden hacerlo teniendo en cuenta los detalles necesarios.

PARA LA PRENSA

Cuando la Prensa dió cuenta al público de este estreno, aunque una minoría, con perfecto derecho y con elevadas miras, puso ciertos reparos a la trayectoria que describe el personaje principal, toda convino en confesar el *interés obsesionante* de su acción dramática, llegando a calificar el estreno como *el acontecimiento teatral más importante de la presente temporada*.

Creo que esto es justo, y nada tengo que decir. El hecho de no ser ésta una obra mía original me permite hablar de este modo. Yo fuí el primero que lo creyó, y esta razón fué la que me hizo acometer la empresa de su escenificación. Pero a propósito de mi trabajo, toda la Prensa, con rara unanimidad, expuso unos elogios que no me conviene analizar si son justos o excesivos por si en el análisis salgo perdiendo, y que mueven las fibras más sinceras de mi gratitud a responder con estas palabras:

¡Muchas gracias!

JULIO HOYOS

ALGUNAS OBRAS DRAMATICAS
DE
DON MIGUEL DE UNAMUNO

"La venda".

"El pasado que vuelve".

"Fedra"

"Soledad".

"Raquel" (próxima a estrenarse en París).

Precio: 4,00 pesetas.